

BUENAVENTURA I

“El año repetido”

(1962)

(Una pieza de hotel en Valparaíso. Los muros del cuarto están tapizados en papel rojo oscuro. De ellos, cuelgan cuadros, afiches, estantes con figuras religiosas, lo que indica que la persona que aquí vive no está de paso sino que ocupa esta pieza desde hace algún tiempo. Hay una cama con barrotes de bronce, un ropero, un lavatorio y, junto a él, algunas maletas. También hay un velador, una mesa y una silla. A través de las ventanas se alcanza a divisar la estación, o mejor dicho, los cables eléctricos de los trenes y, más allá, un trozo de mar. Al comienzo la pieza está oscura. Sólo se distinguen, en las murallas, la fosforescencia de algunos cuadros hechos con alas de mariposas. Después de algunos segundos, estallan en la bahía numerosos fuegos artificiales, luces de distintos colores inundan alternativamente el cuarto y descubren a Rea acostada sobre la cama. Al mismo tiempo, se escucha la sirena larga, mantenida, enervante. Es la que anuncia que se inicia un nuevo año.

Rea permanece inmóvil durante algunos segundos y luego, sin encender luces, se levanta, va hacia la ventana y la cierra. Los ruidos se acallan. Una luz verde inunda la pieza y en medio de ella la mujer se detiene, como un insecto atrapado.)

REA.— *(Murmurando.)* A patadas echaría este año... *(Pero de inmediato se repone y empieza a cantar.)*

A Buenaventura me voy

Bailando rumba, mi amor,

A Buenaventura me voy

Dicen que es mucho el calor...

(Sin ningún apuro, saca del ropero diversas cajas, una taza y un anafe de alcohol que coloca sobre la mesa y empieza a preparar café. A ratos canturrea la canción y, a ratos también, se escucha la sirena, muy distante, es cierto, que llama. Después de algunos segundos se oyen golpes en la puerta. Rea los ignora. Pero los golpes se hacen más insistentes y a ellos se unen ruidos y una voz que llama.)

REA.— No hay nadie.

VOZ DE HOMBRE.— Ábrame... ábrame... ábrame...

REA.— Hoy no se abre. Hoy no se trabaja. Hoy es fiesta...

VOZ DE HOMBRE.— ¡Ábrame!

(Rea sigue preparando su café. Los golpes persisten. Por último, ella se levanta y grita a través de la puerta cerrada.)

REA.— Váyase de una vez... ¿Qué no ve que va a despertar toda la casa? Váyese que si no voy a llamar a la policía...

VOZ DE HOMBRE.— Ábrame...

REA.— Me asomo por la ventana y llamo.

VOZ DE HOMBRE.— Ábrame por favor...

(Rea se inmobiliza durante algunos segundos y luego abre. En el corredor se descubre un hombre aparentemente bien vestido y borracho.)

REA.— ¿Qué es lo que quieres?

HOMBRE.— Vivo en la pieza de al lado.

REA.— ¿Y?

HOMBRE.— *(Súbitamente violento.)* Y estoy solo. Muy solo.

REA.— Es Año Nuevo.

HOMBRE.— Déjeme ver su pieza... *(Entra.)* Déjeme verla...

REA.— Oiga...

HOMBRE.— Es igual a la mía. Redonda como la mía.

REA.— Ésta no es redonda. Tiene cuatro muros y es más bien cuadrada.

HOMBRE.— Es redonda. Me llamo Antonio.

REA.— ¿Por qué no se va?

HOMBRE.— (*Dándose vuelta hacia ella.*) No me eche. Por favor, no me eche.

REA.— ¿Quiere una taza de café? Estoy preparando café. ¿Quiere una taza?

ANTONIO.— ¿Cómo se llama?

REA.— ¿Yo? Rea.

ANTONIO.— ¿Qué quiere decir?

REA.— Es un nombre. ¿Quiere café?

ANTONIO.— Bueno, Rea. Gracias, Rea. Estoy tan solo, Rea.

REA.— Siéntese.

ANTONIO.— No me deje.

REA.— No. Ya está adentro. Pase nomás.

ANTONIO.— (*Mirando los afiches de las murallas.*) ¿Usted es artista?

REA.— Era.

ANTONIO.— ¿Qué pasó?

REA.— Los años, el tiempo, qué se yo... ¿Cómo le gusta el café?

ANTONIO.— No quiero café. Nunca he podido tomar café. Me hace mal. Desde niño. Cuando niño vivía en una casa grande con mi madre y una hermana...

REA.— (*Interrumpiéndolo.*) No, no me cuente historias. Todos queremos contar algo en Año Nuevo. Todos tenemos tanto que contar. Pero no lo cuente.

ANTONIO.— Feliz...

REA.— ¿Qué?

ANTONIO.— Feliz Año Nuevo... (*Esconde el rostro entre las manos y comienza a llorar.*)

REA.— Ya, no sea tonto.

ANTONIO.— He llorado toda la noche, solo en mi pieza.

REA.— Y ha tomado también.

ANTONIO.— También. ¿Por qué? Encuentra que no debiera...

REA.— Eso es cosa suya.

ANTONIO.— Si quiere no tomo más.

REA.— Haga como quiera.

ANTONIO.— Pero no me va a dejar solo.

REA.— Se va a ir a dormir.

ANTONIO.— (*Con un tono levemente afectado.*) Como un niño obediente.

REA.— ¿Qué?

ANTONIO.— Se va a ir a dormir como un niño obediente. Así me decían cuando chico.

REA.— Y es lo mejor que puede hacer ahora.

ANTONIO.— Pero no me deje solo esta noche, y de ahora... en adelante. Yo tenía una hermana que me decía... me decía cuando mi madre se murió: Nunca te voy a dejar solo, nunca. Y un día pasó un primo... psst... se fue como el gas de una botella. ¿Dónde? A vivir con el primo. Yo los miré por el ojo de la cerradura: estaban acostados en la pieza del fondo, en la misma cama, y a Flora se le había deshecho el moño... tenía los cabellos atados en un moño duro lleno de orquillas y ahora los tenía deshechos. Parecía que estuviera flotando en medio de sus cabellos... como si se estuviera ahogando en el barro... en la mugre, en la mugre, en la mugre con el primo.

REA.— ¿Qué le puedo ofrecer en vez de café?

ANTONIO.— No me deje solo.

REA.— ¿Y por qué no se fue usted con una prima? El mundo está lleno de primas.

ANTONIO.— Todas tenían trenzas rubias y uñas largas. (*Ríe.*) Voy a ir a buscar la botella a mi pieza.

¡Tenemos que brindar! ¡Tenemos! (*Se encamina hacia la puerta.*) No me la cierre... Por favor... (*Sale y vuelve a aparecer.*) No me cierre la puerta...

(*Sale. Rea permanece sola durante algunos segundos. Por un momento va a ir a cerrar la puerta; pero luego se contiene. Se sirve una taza de café. Antonio vuelve con la botella.*)

ANTONIO.— Tenían las uñas largas y cuando en el verano jugábamos en la casa que habíamos

construido encima del árbol, me las enterraban... Así... así... (*Ha tomado el brazo de Rea y le entierra las uñas.*)

REA.- Déjeme.

ANTONIO.- ¿Le dolió?

REA.- Claro que me dolió.

ANTONIO.- Perdóneme. No quise hacerle daño. En verdad que no quise. Le duele mucho...

REA.- Déjeme tranquila.

ANTONIO.- No se enoje.

REA.- No estoy enojada.

ANTONIO.- Mire... (*La pieza vuelve a inundarse con una luz verde.*) Verde... verde dicen que es la esperanza.

REA.- Así dicen.

ANTONIO.- ¿Y usted cree que es verde?

REA.- ¿Qué tiene en esa botella?

ANTONIO.- No sé. Pero quema.

REA.- Déjeme ver.

ANTONIO.- ¿Quiere probarlo?

REA.- (*Destapa la botella y huele su contenido.*) No sé lo que es.

ANTONIO.- Yo nunca tomo. Pero compré esto, para pasar el Año Nuevo, solo, solo, solo... ¿Usted lo había pasado sola antes?

REA.- No me acuerdo. Le doy un consejo: no se acuerde usted más tampoco.

ANTONIO.- Déjeme que yo le sirva: a Flora siempre le servía. Una copa de vino añejo... añejo como ella, como yo... y dulce, como un terrón de azúcar en la lengua y lo dejábamos ahí... O le robábamos el bicarbonato a la mamá y humedecíamos un algodón, lo empapábamos en bicarbonato y lo chupábamos como un caramelo...

REA.- (*Bebiendo.*) No es malo.

ANTONIO.- El bicarbonato es exquisito.

REA.- No. Este trago.

ANTONIO.- ¡Feliz Año!

REA.- ¿Y por qué no? Feliz Año...

ANTONIO.- ¿Qué nos traerá este año?

REA.- ¿Y a quién le importa? (*Bebiendo de nuevo.*) Es más bien bastante bueno.

ANTONIO.- El año pasado me sucedieron tantas cosas.

REA.- Tiene un gustito a anís.

ANTONIO.- Era la primera vez que quedaba solo.

REA.- (*Probando de nuevo.*) No. No es anís. Es a...

ANTONIO.- Una mañana me dijo que se iba y que yo no podía irme con ellos. Ellos dijo, como si ya estuvieran casados. Ellos...

REA.- Es algo como anís. Pero no es anís.

ANTONIO.- Y ahora deben estar acostados.

REA.- ¿Quiénes?

ANTONIO.- Flora... y mi primo.

REA.- Antonio está en cama al otro lado del mundo.

ANTONIO.- Yo me llamo Antonio.

REA.- Yo conocí a un Antonio.

ANTONIO.- ¿Dónde?

REA.- Hace mucho tiempo. Muy lejos. Pero ésa es una historia larga, aburrida... No se la voy a contar... Oiga ¿qué es lo que tiene este trago? Si parece que hirve en el estómago.

ANTONIO.- Y todo se ve verde... verde, color de esperanza...

REA.- No hay esperanza. Todo es... es como esta pieza, cuadrada y no redonda.

ANTONIO.- Pero los años vuelven.

REA.- Se repiten.

ANTONIO.- Se repiten...

REA.— Hay un Antonio que le dice...

ANTONIO.— ¿Qué?

REA.— Que hay un lugar que se llama Buenaventura. Que allá la va a llevar, que vivirán juntos...

ANTONIO.— Buenaventura...

REA.— (*Canturreando.*) A Buenaventura me voy
Bailando rumba, mi amor...

ANTONIO.— ¿Qué es eso?

REA.— Lo que cantaba, cuando era artista. ¿No conoce los versos?

ANTONIO.— No.

REA.— ¿Quiere que se los cante?

ANTONIO.— ¿Cómo es? A ver...

(*Ella empieza a cantar. Ya está un poco borracha también.*)

REA.— A Buenaventura me voy
Bailando rumba, mi amor...
A Buenaventura me voy
Dicen que es mucho el calor.
Pero si el negro se va
Tras él su negra irá,
Cantando así para él:
A Buenaventura me voy...

(*Juntos cantan el estribillo, con voz fuerte. Pero de pronto Antonio se yergue y grita.*)

ANTONIO.— ¿Qué? ¿Qué es lo que me pasa?

REA.— Estás solo.

ANTONIO.— ¿Qué es lo que necesito? ¿Por qué estoy así?

REA.— Venga. Cállese ahora. Quédese callado.

ANTONIO.— ¿Por qué de repente me hablas así, tan suave?

REA.— Callado ahora... callado.

ANTONIO.— Estoy solo.

REA.— Todos lo estamos.

ANTONIO.— Solo, solo, solo... No me dejes aquí, así...

REA.— No te voy a dejar. No te voy a dejar.

(*Él avanza hacia ella y la abraza. Rea lo toma entre sus brazos como un niño.*)

ANTONIO.— Dime algo... Sigue cantando...

REA.— No sé... No me acuerdo de ninguna canción de cuna... Ay, las cosas son demasiado grandes. No me acuerdo de ninguna. Ven...

(*Lo lleva hacia la cama y lo tiende. Lo toma luego entre sus brazos y comienza a cantarle la misma melodía que había estado cantando; pero ahora con el ritmo de una canción de cuna.*)

REA.— A Buenaventura me voy
Bailando rumba, mi amor,
A Buenaventura...

ANTONIO.— Rea... Rea... Rea ¿qué es lo que me pasa?

REA.— Nada, mi niño, nada. Duérmase ahora y nos iremos...

ANTONIO.— ¿Qué es lo que me pasa? ¿Dónde estoy? ¿Qué es lo que necesito?

REA.— Ternura necesita. Lo de todos.

(*Una gran luz inunda la pieza y permanece dentro de ella un instante. Descubre a los dos abrazados, él como un niño apegado a ella, en el lecho. Al mismo tiempo, Rea sigue cantando la canción de cuna y la luz va disminuyendo lentamente. Hay un instante de total oscuridad y luego, al volver a hacerse claro, han pasado algunas horas. Antonio está de pie junto a la ventana por la cual ya se divisa alguna claridad. Parece que hubiera estado hablando durante mucho rato. Rea todavía está en el lecho.*)

ANTONIO.— ...y teníamos una casa al fondo del jardín, en un árbol inmenso. La habíamos amarrado entre las ramas... como un velero... El viento soplaba a veces, se hinchaban las velas y nos parecía ir navegando sobre el jardín, sobre las casas... Flora y yo...

- REA.— ¿Por qué no te vienes a tender otro rato?
- ANTONIO.— Flora era el capitán.
- REA.— ¡Qué idea!
- ANTONIO.— ¿Qué?
- REA.— Tener a una mujer de capitán. Los hombres son capitanes. Los hombres mandan.
- ANTONIO.— Flora siempre fue el capitán. Ella era quien decidía a qué íbamos a jugar, escogía, daba órdenes. Flora nació capitán. ¿La conoces?
- REA.— Cómo quieres que la conozca.
- ANTONIO.— Tiene la mirada decidida. Y una vez me agarró por los brazos... me acuerdo que estábamos en el velero sobre la encina, me miró y me dijo: tú no te vas a poder ir nunca. Tú eres de aquí y conmigo te quedarás... (*Hay un momento de silencio. Rea se yergue.*) Y ahora me dejó solo. (*Viéndola.*) ¿Adónde vas?
- REA.— Voy a preparar una taza de café.
- ANTONIO.— ¿De nuevo?
- REA.— Me gusta el café.
- ANTONIO.— ¿No quieres escucharme entonces?
- REA.— Habla, habla. Te estoy escuchando.
- ANTONIO.— No. Estás aburrida.
- REA.— ¿Tú quieres café?
- ANTONIO.— ¿Queda algo en la botella?
- REA.— Un concho.
- ANTONIO.— Dámelo.
- REA.— ¿Te hará bien?
- ANTONIO.— ¡Dámelo!
- (*Ella se lo pasa y él bebe de un trago.*)
- REA.— No creo que te haga bien.
- ANTONIO.— ¿Por qué se habrán terminado las luces?
- REA.— ¿Cuáles?
- ANTONIO.— Ésas que iluminaban la pieza. Las verdes...
- REA.— Está aclarando.
- ANTONIO.— ¿Y?
- REA.— ¿De qué sirven los fuegos artificiales en la mañana?
- ANTONIO.— Entonces... ya estamos en otro año.
- REA.— Sí. Otro año.
- ANTONIO.— (*Desplomándose en una silla.*) ¿Qué voy a hacer?
- REA.— (*Cambiando de tema.*) El agua está hirviendo.
- ANTONIO.— (*Después de un rato.*) ¿Por qué no quieres pensar?
- REA.— ¿Qué?
- ANTONIO.— Te pregunto por qué no quieres pensar.
- REA.— ¿En qué?
- ANTONIO.— En todo... en lo que pasa... en lo que pasó... en lo que nos ha sucedido. ¿Por qué no sufres? (*La agarra por los brazos.*) ¿Por qué? ¿Por qué?
- REA.— (*Desasiéndose.*) ¡Déjame!
- ANTONIO.— ¿Tienes miedo?
- REA.— Si no te quedas tranquilo, te voy a echar a tu pieza.
- ANTONIO.— ¿Tienes miedo? ¡Contéstame! Tienes que contestarme. ¿Tienes miedo de dar vuelta la cara, de mirar? ¡Tienes miedo!
- REA.— No tengo para qué mirar. Estoy bien así.
- ANTONIO.— Pero mira hacia afuera. Mira cómo el cielo se va poniendo claro. Mira esa casa... las paredes están sucias, las puertas abiertas. ¿De quién es esa casa?
- REA.— Cómo quieres que lo sepa. ¿Café? Perdón... de veras que no tomas café.
- ANTONIO.— Rea... no podemos mirar todo esto. No podemos. Salgamos, ¿quieres? Salgamos a la calle y busquemos un lugar donde todavía se pueda tomar algo. Un lugar pintado de verde

con las murallas limpias... Compremos una botella y salgamos... o volvamos, como quieras... Pero por favor no me dejes solo... sobre todo hoy. Nunca he visto una mañana más gris, más sucia... No puedo mirarla. Parece que el Año Nuevo arrastra todos los Años Nuevos anteriores, todos los desperdicios de Años Nuevos... Rea, Rea... ¡No me dejes solo en el medio de los desperdicios!

REA.— Quédate callado de una vez por todas.

ANTONIO.— Salgamos. A ver... (*Va hacia el ropero y lo abre.*) Ponte algo... cualquiera de estos vestidos... ¿Qué es esto?

REA.— Déjalos. Son mis vestidos.

ANTONIO.— (*Retrocede sosteniendo entre los brazos un alto de vestidos de fantasía que ha sacado del ropero.*) ¿Qué es esto? Los vestidos de Piel de Asno... todos, todos juntos en un solo lugar. ¿Te acuerdas de la historia de Piel de Asno? Flora me la contaba siempre... Había una vez...

REA.— ¡Cuidado con esos vestidos!

ANTONIO.— Ponte uno. Nada más que uno. ¡Éste!

REA.— No sea...

ANTONIO.— Por favor... Pero ¿qué es esto? Si brillan como si una de esas luces se hubieran caído aquí adentro.

REA.— ¡Déjalos! Son mis vestidos. Los que uso cuando actúo. Hay que tratarlos con cuidado. El capital de una vedette son sus vestidos. Y yo siempre me compré los mejores.

ANTONIO.— ¿Quien te los pagaba? ¿Un primo? (*Ella lo golpea rudamente en la mejilla.*) Flora le compró dos docenas de camisas de seda a Ignacio.

REA.— Perdóname.

ANTONIO.— Qué curioso. No tengo ganas de llorar. Antes, cuando me pegaban siempre lloraba.

REA.— Perdóname... No sé por qué lo hice.

ANTONIO.— (*Extendiendo uno de los vestidos.*) Ponte éste.

REA.— Antes... había luces. Y muchos dicen que en las candilejas se puede trucar y que no es necesario hacerse ropa fina. ¡Trucar! Son las luces más despiadadas.

ANTONIO.— ¿Cuáles?

REA.— Las de las candilejas. No se puede engañar con ellas. Hay que tener siempre lo mejor. Y yo siempre tuve lo mejor.

ANTONIO.— Ponte éste Rea, por favor. Nada más que para vértelo.

REA.— Hace años que no me los pongo.

ANTONIO.— Razón de más.

REA.— Desde que dejé de cantar. (*Y de repente confiesa.*) Yo era vedette con cartel francés. ¿Sabes lo que quiere decir?

ANTONIO.— No; pero ponte este vestido.

REA.— Colocan tu nombre al final de los otros; pero coronados con una "y". (*Como si estuviera leyendo.*) "Y Rea del Oro". Es casi más destacado que estar al principio.

ANTONIO.— ¡Póntelo! ¡Póntelo!

(*Se sienta en una silla y empieza a aplaudirla. Ella lo mira durante un segundo y parece transfigurarse, tal vez la pieza se llena de aplausos, de gritos, de vítores. Es como una súbita alucinación y luego pasa.*)

REA.— Bueno. Pero no me mires. El secreto de un vestido es que sea visto de golpe... De repente... (*Él se da vuelta mientras ella se coloca el vestido. Y después de algunos segundos empieza a monologar.*)

ANTONIO.— En la casa había una pieza... la pieza oscura la llamábamos, porque ahí nos encerraban cuando nos portábamos mal y con Flora descubrimos una caja llena de disfraces... Eran los restos de bailes de fantasía... y desde entonces, desde que encontramos ese tesoro, nos portábamos mal de adrede para que nos encerraran... y pasábamos horas mirando vestidos... Flora se disfrazaba de diablo... había un traje de diablo colorado... y me metía miedo en la pieza oscura... ¿Por qué no podremos volver a todo eso? ¿Por qué? Yo viviría feliz en esa pieza oscura con un diablo de verdad, y la caja llena de disfraces...

(Rea ha emergido de detrás del biombo donde se cambió el vestido. Es un disfraz de "rumbera" en negro y rojo, con plumas y lentejuelas. En cierta forma recuerda el convencional vestido de los diablos de carnaval.)

ANTONIO.— ¿Me puedo dar vuelta...? (Lo hace.) ¡Flora!

REA.— ¿Qué?

ANTONIO.— No... no me metas miedo, Flora. Yo sé que no eres el diablo sino tú, Flora... (Ella se acerca a él y él huye a través del cuarto.) No, Flora, déjate... Cuando vengas a sacarnos de la pieza oscura, te voy a acusar. Le voy a decir a la mamá que tú te vestiste de diablo y me perseguiste... No, Flora, Flora... No, no... (Ríe y grita a la vez, asustado y contento de estarlo, como un niño que goza cuando lo asustan.) ¡No! No... Flora. (Poco a poco, Rea va entrando en el juego. Ríe también y lo persigue. Se escuchan unos ruidos como de disparos y ambos se inmovilizan. La pieza se llena de colores, Antonio corre hacia la ventana.) Ya, mamá, aquí estamos... Ya nos castigó suficiente. Venga a sacarnos.

REA.— Son fuegos artificiales.

ANTONIO.— Alguien prendió la luz dentro de la pieza oscura.

REA.— Están disparando nuevamente fuegos artificiales.

ANTONIO.— Te voy a acusar... Te voy a acusar...

REA.— ¿Por qué creía yo que no se verían en la mañana?

(A lo lejos, mientras siguen escuchándose los ruidos de los fuegos artificiales y la pieza se llena de luces multicolores, se oye el ruido de unas campanas y lentamente las luces van decreciendo. Cuando vuelven a encenderse, Antonio está tendido sobre el lecho y Rea está de pie junto a la ventana. Se ha sacado las plumas y su aspecto es el de un clown cansado. Está hablando y pareciera que lo hace desde hace mucho tiempo. La imagen es muy parecida a la del comienzo del cuadro anterior, salvo que los personajes están cambiados.)

REA.— ...y también me ofreció que nos fuéramos... lejos... a Buenaventura me dijo. Parece que es fuera la ciudad donde todos querían vivir. Es un puerto, me han dicho... con un hotel grande, con balcones de fierro y entre los fierros cuelgan niños y monos. Y se puede hacer fortuna en Buenaventura...

(Una luz verde ilumina la escena.)

ANTONIO.— Verde...

REA.— ¿Qué?

ANTONIO.— El color de la esperanza.

REA.— Yo estaba trabajando entonces. Fue el año que estrené la canción esa. Tenía mucho éxito... Me aplaudían, Antonio, y todas las noches me llegaba el ruido como si me estuvieran dando algo... ¿Te han aplaudido alguna vez? Una se siente tan llena... tan fuerte, tan importante... Ves las manos, algunas caras y escuchas ese ruido, como el eco de la lluvia, que te traspasa y te completa... Es amor que te dan todos. Como hacer el amor con el mundo, sin comprometerse.

ANTONIO.— Entonces...

REA.— Entonces lo dejé todo. Rompí el contrato, incluso tuve que pagar una suma de dinero, lo perdí todo, todo por irme a Buenaventura...

ANTONIO.— ¿Y?

REA.— No llegó. Me acuerdo que estaba en una pieza como ésta, con las maletas hechas y todo listo. Me senté a esperar; pero no llegó.

ANTONIO.— ¿Y te dolió?

REA.— Al principio. Después me acostumbré.

ANTONIO.— ¿A qué?

REA.— A seguir.

ANTONIO.— Pero, ¿cómo? ¿Cómo puede uno seguir? A mí me parece que a veces la vida se pone angosta y que nada volverá a ensancharla de nuevo.

REA.— Yo pensaba lo mismo. Pero después me di cuenta que no importaba.

ANTONIO.— Eso es cierto. Te lo has repetido tantas veces que crees que te has convencido. Pero no es cierto. ¿Qué es lo que pasa en la vida, Dios mío? ¿Por qué estamos hoy aquí, los dos,

cuando ni siquiera nos conocíamos ayer? ¿Qué estamos haciendo? ¿Qué es lo que nos ha pasado? Antes uno sentía que guardaba las riendas entre las manos, que frenaba los caballos, que los hacía partir, que hacía... o deshacía. ¿Qué es lo que pasa, Dios mío? ¿Qué es lo que pasa?

REA.— Se crece.

ANTONIO.— Pero eso nada significa. ¿Cómo es que te has dado cuenta que no importa? ¿Cómo te has resignado? ¿Cómo y por qué?

REA.— Porque comprendí.

ANTONIO.— ¿Qué?

REA.— Que había crecido.

(*En el silencio que sigue, se escuchan las campanas de una iglesia.*)

REA.— Son las campanas de la Matriz. Están llamando.

ANTONIO.— Y entonces... Sígueme contando.

REA.— Comprendí que no iba a venir a buscarme. Saqué las cosas de la maleta y las fui colgando en el ropero. ¡Qué curioso! Eso es lo que mejor recuerdo... Tenía un vestido con lentejuelas plateadas y una se desprendió cuando lo coloqué en la percha. Me senté encima de la cama a coserla y recuerdo perfectamente que me dije: No vendrá. Yo nunca iré a Buenaventura... Se me había terminado el contrato. Me costó conseguir otro. Trabajé durante unos meses; pero andaba con "jetta". Uno de los cabarets cerró y otro lo clausuró la policía. Cada vez trabajé menos y así... me tuve que dar cuenta que había perdido algo. Eso parece ser lo que nos pasa a todos, crecemos y perdemos algo, crecemos otro poco y perdemos algo más. Y de repente, cuando somos verdaderamente adultos, lo hemos perdido todo, y sin embargo seguimos.

ANTONIO.— Rea, ¿y si nosotros nos fuéramos a Buenaventura?

REA.— ¿Qué?

ANTONIO.— A Buenaventura. Yo tengo un poco de dinero. Cuando Flora se fue con mi primo, nos separamos lo que nos había dejado la mamá. Lo mío está en el banco... ¿Por qué no habríamos de usarlo?

REA.— No seas tonto.

ANTONIO.— No. Te lo digo en serio. ¿Por qué no? Tú estás sola, yo también. ¿Por qué no habríamos de hacer algo los dos?

REA.— Ya se divisan los barcos en el puerto.

ANTONIO.— Te lo digo en serio, Rea.

REA.— Desde allá deben haber disparado los fuegos artificiales.

ANTONIO.— Rea, contéstame. Rea...

REA.— No. No es posible...

ANTONIO.— ¿Por qué?

REA.— Porque no nos vamos a ir.

ANTONIO.— Pero ¿por qué, Rea? Yo estoy solo, libre. Tú también.

REA.— No, Antonio, no quiero volver nuevamente a...

ANTONIO.— ¿A qué?

REA.— A todo lo de antes. Eso se terminó. Se terminó.

ANTONIO.— Yo no te ofrezco nada posible. Es un hecho palpable, concreto. Vámonos juntos. Vivamos juntos.

REA.— No... (*Se domina y trata de cambiar de tema.*) ¿Qué vas a hacer hoy día?

ANTONIO.— Voy a ir al banco a buscar el dinero.

REA.— Los bancos están cerrados.

ANTONIO.— Mañana entonces.

REA.— Mañana habrás cambiado de opinión.

ANTONIO.— No, Rea. ¿No me crees? (*Están el uno frente al otro. Ella lo mira. Duda.*) Contéstame. ¿No me crees?

REA.— Sí. Te creo.

ANTONIO.— Entonces ¿te quieres ir conmigo? ¿Te irás?

REA.— No sé, no sé, no sé...

ANTONIO.— ¿Qué te pasa?

REA.— Me parece que ya he dicho todas estas cosas antes. Me parece que estoy caminando en círculos, que no puedo saltar a otro, que me repito, que me repito...

ANTONIO.— Pero no crees, ¿no es cierto?

REA.— No quiero creerte. No quiero.

ANTONIO.— Vámonos, Rea. A Buenaventura o donde quieras. Vámonos.

REA.— No quiero...

ANTONIO.— Tú sabes que no puedo mentir. Tú sabes que te necesito.

REA.— Qué cerca está uno siempre... qué cerca...

ANTONIO.— Vámonos.

REA.— Qué cerca... qué cerca... qué cerca...

(Y mientras sigue repitiendo la palabra "cerca", las luces bajan. Las luces se encienden luego, súbitamente. Hay un aire de fiesta en la pieza. Rea está sola guardando cosas en las maletas. Todos sus vestidos de fantasía están sobre el lecho y los va guardando en una de las maletas. Es de noche afuera.)

REA.— *(Cantando en voz baja.)* A Buenaventura me voy

Bailando rumba, mi amor...

(Antonio entra. Trae provisiones entre los brazos y un par de billetes de navegación.)

ANTONIO.— Creo que lo traigo todo... El pan, el jamón, el vino y ¡mira!

REA.— *(Leyendo los billetes.)* S. S. Ardano con destinación a Buenaventura.

ANTONIO.— Zarpa en pocos días más, lo necesario para arreglar los pasaportes. Pero ¿qué te pasa?

¿Por qué te quedas callada? ¿Estás triste?

REA.— Estoy muy contenta.

ANTONIO.— ¿Por qué no comemos? Destapo la botella de vino... ¿Qué son todas estas cosas?

REA.— Son mis vestidos. No sé si llevarlos o no.

ANTONIO.— Claro que sí. Tienes que llevarlos. Hay que llevarlo todo. Hay que borrar nuestras huellas, no hay que dejar nada atrás. ¿Qué es esto?

REA.— ¿Qué no ves? Son unas sábanas.

ANTONIO.— ¿Y para qué tienes sábanas?

REA.— Son... no sé, hace tanto tiempo.

ANTONIO.— ¿Qué?

REA.— Cuando me fui de mi casa. Mi madre me las dio. Me dijo que si algún día me casaba...

ANTONIO.— Son iguales a las que teníamos.

REA.— ¿Quiénes?

ANTONIO.— Yo... y Flora.

REA.— ¿Qué te pasa? Ahora tú te has quedado callado.

ANTONIO.— Son iguales a las que teníamos antes. Las que colgábamos entre las ramas.

REA.— ¿Las del barco?

ANTONIO.— Sí.

REA.— ¿Y qué hay con eso? Éstas son nuestras.

ANTONIO.— Sí.

REA.— No tienes que pensar en todo eso, Antonio. Esas cosas ya pasaron.

ANTONIO.— Pero ¿por qué será que todo vuelve? Que uno vive perseguido por detalles. Cuando fui a comprar el vino, me ofrecieron uno que era el preferido de Flora y cuando crucé el muelle, sonó la sirena de un barco... Cuando niños, veraneábamos en la costa y, en el dormitorio, en las noches, cuando oíamos una sirena, Flora siempre decía: ¿Cómo estará nuestro barco en la encina? Hoy también me acordé de eso.

REA.— Tenía velas ¿no es cierto? Como éstas... como estas sábanas *(las extiende con un gesto amplio.)* Mira... *(Amarra un trozo de cáñamo en uno de los extremos y cuelga el cáñamo en la lámpara. Iza las sábanas como velas y el centro de la pieza queda transformado en una especie de velero. Arregla los muebles en torno a ellos como la quilla de un barco. Antonio participa en todo esto también. Poco a poco ambos se van transformando en un*

par de niños que juegan. Finalmente el barco está listo.) Aquí lo tienes... y podemos viajar.

ANTONIO.— ¿Los pasajes?

REA.— Toma... (*Le da los billetes y ambos se colocan dentro del barco.*)

ANTONIO.— Pero ¿quién va a dar las órdenes?

REA.— Tú.

ANTONIO.— ¿Yo?

REA.— Claro. Tú eres ahora el capitán.

ANTONIO.— No... no sé...

REA.— Claro que sabes.

ANTONIO.— ¿Tú crees? (*Con voz tímida que cada vez se va haciendo más segura.*) ¡Ancla! Cuarenta y cinco grados este... Viento noreste... ¡Adelante!

REA.— Antonio... ¡Eres el capitán! Tú eres el capitán.

ANTONIO.— Sí, yo soy el capitán.

REA.— ¿Y adónde vamos?

ANTONIO.— Dirección: Nornoreste. Destinación: Buenaventura.

(Empiezan a cantar la melodía y no las palabras de la canción: A Buenaventura, etc., mientras la luz se concentra sobre ellos y luego va disminuyendo lentamente. Cuando las luces vuelven, Antonio está solo en la pieza. Está escribiendo una carta. Algunos segundos después irrumpe Rea en la pieza. Trae los brazos cargados de paquetes. Al sentirla, Antonio esconde la carta.)

REA.— ¿Me demoré mucho? Tenía que comprar varias cosas antes del viaje. ¿Dónde has estado?

Me habría gustado tanto salir de compras contigo. Es tan aburrido hacerlo sola. ¿No te parece? Compré ropa y escobillas de diente... ¡una docena! porque a uno siempre se le quedan en los hoteles... Yo creo que he perdido más escobillas de dientes en mi vida que...

¿Qué es lo que te pasa?

ANTONIO.— Nada.

REA.— Y te traje un regalo. ¡Mira! ¿Dónde lo dejé? Es uno de estos paquetes... Después te voy a mostrar las cosas que compré. Tenía unos pesos guardados... para cualquier eventualidad...

Una de mis tías siempre me aconsejaba cuando yo era chiquilla: guarda unos dinerillos, hija, escóndelos donde nadie te los pueda sacar. Algún día te harán falta... Y así siempre lo he hecho... Esto parece que fuera. (*Desenvuelve una gorra de marino.*) ¡Mira! ¿No me dices nada? ¿Qué es lo que te pasa?

ANTONIO.— Rea...

REA.— Déjame ponértela.

ANTONIO.— ¡Rea!

REA.— ¿Qué es lo que te pasa? ¿Qué es eso que tienes ahí?

ANTONIO.— (*Escondiendo la carta.*) Nada.

REA.— Déjame ver. (*Le arrebatla la carta. Lee.*) "Rea, no sé cómo explicarte lo que ha sucedido..." ¿Qué es lo que ha sucedido?

ANTONIO.— Rea, en el banco, cuando fui a retirar el dinero, encontré una carta.

REA.— (*Riendo.*) ¿Una carta?

ANTONIO.— Flora me escribió.

REA.— ¿Flora?

ANTONIO.— Sí. Le han sucedido muchas cosas. Parece que mi primo la abandonó. Habían venido a pasar el Año Nuevo en Valparaíso y él la abandonó.

REA.— Ella está aquí. ¿La viste?

ANTONIO.— No. Volvió a la casa. Está muy sola y me necesita.

REA.— ¿Y?

ANTONIO.— Quiere verme.

REA.— ¿Y tú qué le contestaste? ¿Le contestaste?

ANTONIO.— Se ha quedado sola, Rea.

REA.— ¿Qué le contestaste?

ANTONIO.— Me necesita. (*Rea permanece muda.*) Si vieras lo que me dice...

REA.— Y tú ¿qué piensas hacer?

ANTONIO.— ¿Qué me queda por hacer, Rea?

REA.— No sé yo. Eso es lo que te estoy preguntando.

ANTONIO.— No sé... había pensado...

REA.— ¿Qué?

ANTONIO.— Ir a verla, por unos días, tal vez pueda ayudarla.

REA.— Y eso era lo que me ibas a decir en la carta. (*Él no contesta.*) ¿Era eso?

ANTONIO.— Sí.

REA.— Ni siquiera me ibas a esperar para decírmelo.

ANTONIO.— Rea...

REA.— ¿Y el viaje? ¿Y nosotros? Y todo, todo...

ANTONIO.— Tendremos... tendrás... Rea, quisiera que tú te quedaras con los billetes.

REA.— ¿Y qué quieres que haga con ellos?

ANTONIO.— Que hagas el viaje, que vayas por fin a Buenaventura.

REA.— Sola. Pero. ¿Tú crees que una va sola a alguna parte?

ANTONIO.— Siempre has querido ir.

REA.— ¿Es cierto todo esto?

ANTONIO.— ¿Qué?

REA.— ¿Es verdad que te vas a ir?

ANTONIO.— Ya te lo dije, Rea... recibí esa carta y...

REA.— Y no supiste qué hacer sino volver.

ANTONIO.— Flora es mi hermana.

REA.— ¿Y yo?

ANTONIO.— Por favor, Rea.

REA.— Conmigo también habías aprendido a vivir. Comíamos juntos, nos hablábamos juntos, dormíamos juntos. Algo le debe uno a la persona con que duerme y come.

ANTONIO.— Te estoy muy agradecido.

REA.— Agradecido... Pero no comprendes que estás es deuda conmigo. Sí, en deuda. Yo estaba tranquila en esta pieza. Contenta. Sola. Tú fuiste quien vino a golpear, a rasguñar, a llorar contra la puerta... Tú fuiste quien insistió y me convenció de nuevo... Yo te creí, Antonio, te creí. No piensas que eso me da alguna fuerza... alguna importancia... algún derecho... ¡Ah...! ustedes los pobres, los que necesitan protección, los pobres, pobres desvalidos... Al diablo los mandaría a todos. ¡Al diablo! ¡Al diablo!

ANTONIO.— Rea, por favor, escúchame.

REA.— Y yo creí que te había hecho hombre. ¡Capitán creía! Creí que te había infundido agallas y coraje. Que te olvidarías de todo lo de más y viviríamos juntos para siempre...

ANTONIO.— Para siempre... Yo nunca podré vivir con nadie para siempre, Rea, salvo con Flora.

REA.— Pero ella no es más que tu hermana.

ANTONIO.— Tú misma lo dijiste, Rea. Uno de repente comprende que ha crecido y sabe lo que quiere... o más bien sabe de lo único que es capaz. Yo no puedo sino vivir con ella.

REA.— Ándate entonces. Ándate de una vez. Vuelve a las polleras de tu solterona, refúgiate ahí, ya que debes refugiarte; pero déjame sola.

(Antonio se levanta y va hacia la puerta. Cuando va a llegar, un grito de Rea lo detiene.)

REA.— ¡No! No te vayas... Esta noche no, no te vayas. Mañana.

ANTONIO.— Mejor que sea ahora. Ya tengo mi maleta en la estación. La llevé esta tarde. Es mejor que me vaya ahora.

REA.— ¿Ahora? ¿Me vas a dejar sola ahora?

ANTONIO.— Tengo que irme esta noche.

REA.— Pero por más que no sea sino en recuerdo de cómo tú estabas. No me puedes dejar ahora, no puedes...

ANTONIO.— Lo tengo decidido.

REA.— ¡No me dejes sola! No me dejes sola aquí... Entre los desperdicios...

ANTONIO.— Adiós, Rea,

(Antonio sale.)

REA.— Por favor... por favor...

(Se pone a sollozar. Pero una sirena ahoga su voz. Vuelve entonces al centro de la pieza. Durante algunos segundos se ve que no sabe qué hacer. Por último, descuelga las sábanas y empieza a doblarlas. Abre las maletas y vuelve a colgar la ropa en el ropero. De pronto, al sacar uno de los vestidos, rueda por el suelo un objeto. Es una luz de bengala. Se sienta sobre el lecho y la enciende. La pieza se llena de reflejos verdosos y ella mira la luz sin pestañear.)

REA.— Te... te había comprado esta luz verde... para encenderla allá...

(El fuego de arteificio se ha ido deshaciendo en su mano. Ella lo mira y ve cómo se apaga.)

REA.— Era verde... verde...

TELÓN

BUENAVENTURA II

“El mar en la muralla”

(1962)

(Una salita de un departamento de un empleado. Está rutinariamente amueblada con un sillón, una mesa, algunas sillas y un trinchero. Sobre éste hay una fotografía de una niña, ante la cual hay un ramo, muy pequeño, de flores. Hay una puerta a la izquierda que comunica con la cocina, y otra, a la derecha, con el dormitorio. La ventana se abre sobre un pequeño balcón y, desde él lo único que se ve es una pared de cemento.)

Octavio y Rebeca acaban de cenar. La mujer está retirando los platos, va y viene entre la cocina y la salita. El hombre permanece sentado junto a la mesa, sin moverse.)

REBECA.— *(Después de un tiempo.)* ¿No trajiste el diario?

OCTAVIO.— No. Olvidé comprarlo.

REBECA.— ¿Qué, no lo vendían en la esquina donde esperaste el bus?

OCTAVIO.— No sé. No me fijé.

REBECA.— *(Entrando hacia la cocina.)* ¿Cómo? *(Pero él no contesta, no quiere gritar, espera hasta que ella haya salido de la pieza.)* ¿Cómo?

OCTAVIO.— No sé. No me fijé.

(Hay un largo silencio.)

OCTAVIO.— Hace calor ¿no?

REBECA.— Sí. Mucho.

OCTAVIO.— En la oficina hacía mucho calor hoy día. No pudimos abrir la ventana porque la señora González está resfriada.

REBECA.— ¿Todavía?

OCTAVIO.— Sí.

REBECA.— Debiera hacerse examinar.

OCTAVIO.— Creo que se hizo examinar. Pero a su edad, da un poco lo mismo. Las enfermedades se pegan.

REBECA.— Parece que este verano va a ser muy caluroso.

OCTAVIO.— Así decía en el diario, creo.

REBECA.— ¿En cuál diario?

OCTAVIO.— En uno que compré el otro día.

REBECA.— Ahora parece que ya no te interesa mucho leer el diario.

OCTAVIO.— No mucho. Son siempre las mismas noticias. Cuando se ha leído el diario durante una vida, las noticias se repiten.

REBECA.— Así es. *(Sale a la cocina y desde allá se escucha su voz; pero las palabras son inaudibles.)*

OCTAVIO.— *(Sin alzar la voz.)* No te oigo.

(Rebeca sigue hablando y él no hace ningún esfuerzo por contestar. Después de un rato entra a la pieza.)

REBECA.— ...Y entonces yo le dije que a fines de mes podríamos pagarle una nueva cuota, ¿no te parece?

OCTAVIO.— Sí, así me parece.

REBECA.— Voy a abrir la ventana. A lo mejor entra un poco de aire.

OCTAVIO.— En este barrio nunca se siente aire. Como no hay árboles...

REBECA.— Hagamos la prueba de todos modos.

OCTAVIO.— ¿Quieres que la abra yo?

REBECA.— No. No te molestes. Debes estar cansado. *(Abre la ventana y sale al balconcito a mirar.)* Mira, allá hay un hombre.

OCTAVIO.— ¿Ah, sí?

REBECA.— Sí. Al pie del muro de enfrente.

OCTAVIO.— Parece que entrara más calor.

REBECA.— Es diciembre.

OCTAVIO.— Fines de diciembre. La época en que empezábamos a hacer planes.

REBECA.— ¿Para qué?

OCTAVIO.— Para las vacaciones.

REBECA.— (*Obviamente cambiando de tema.*) Octavio, esta mañana estaba pensando: ¿Qué es lo que se hizo tu colección?

OCTAVIO.— ¿Cuál colección?

REBECA.— La de sellos.

OCTAVIO.— Por ahí debe estar.

REBECA.— Antes te entretenías mucho con ella.

OCTAVIO.— Sí.

REBECA.— Te pasabas la tarde ordenándolos, agrupándolos. ¿Te acuerdas?

OCTAVIO.— Sí. Me acuerdo.

REBECA.— ¿Por qué no empiezas de nuevo?

OCTAVIO.— ¿A coleccionarlos?

REBECA.— ¿Quieres que te los busque?

OCTAVIO.— Era entretenido, ¿te acuerdas? A Rebequita le gustaba mucho ver cómo los ponía en agua para separar los sellos del papel. Se quedaba horas mirándolos en el lavatorio... cómo flotaban... yo creo que se imaginaba que eran barcos... barcos de colores...

(Al escuchar la palabra "Rebequita", Rebeca se inmobiliza, mira el retrato de la niña y una sombra muy distinta cruza, por su rostro. Hasta ahora había estado esforzándose para hablar, ahora el mismo desánimo que invade a su marido la gana. Hay un largo silencio. La mujer permanece junto a la ventana y el hombre en su silla, recordando. La oscuridad va llenando lentamente la pieza.)

OCTAVIO.— (*Después de un tiempo.*) No sé... Parece que les hubiera perdido el interés. Ni siquiera recuerdo dónde guardé el álbum. La última vez que lo vi fue cuando ordenamos todo, después de la m...

REBECA.— Octavio...

OCTAVIO.— ¿Qué?

REBECA.— No hables de esas cosas. (*Hay un silencio.*) ¿Qué estará haciendo ese hombre?

OCTAVIO.— ¿Cuál?

REBECA.— Ése, junto a la muralla. Parece que estuviera esperando. Mira, ven a ver. (*Octavio se levanta y va a la ventana.*)

OCTAVIO.— Tiene un tarro y parece que estuviera esperando.

(Rebeca hace un esfuerzo por recobrar su antiguo estado de ánimo. Desaparece hacia la cocina y vuelve con un ramo de flores, tan pequeño como el que está colocado junto al retrato, y empieza a cambiar las flores. Es todo un ritual: trae el florero a la mesa, deja las flores antiguas en un papel diario que ha colocado sobre el mantel y va disponiendo las nuevas flores con gran minuciosidad. Hay un largo silencio mientras todo esto se lleva a cabo. Pero de pronto un sollozo la recorre y la mujer hunde el rostro entre los brazos y solloza amargamente.)

OCTAVIO.— (*Yendo hacia ella.*) Rebeca... Rebeca... Mira cómo te pones... Te he dicho que no cambies las flores a esta hora. Hazlo en la mañana, cuando hay sol, cuando estás más alegre, cuando tienes otras cosas que hacer; pero ahora... Cálmate... Nada sacas con llorar...

REBECA.— ¿Por qué se nos tendría que ir, Octavio? ¿Por qué? Era lo único que teníamos, lo único...

OCTAVIO.— Fue mejor así, Rebeca. Era tan enferma...

REBECA.— Yo la habría cuidado toda una vida. A mí me gustaba tenerla en la casa.

OCTAVIO.— Sufría, Rebeca. Acuérdate los dolores que tenía y cómo lloraba al final.

REBECA.— Pero una siempre esperaba, esperaba que algo sucediera. Que descubrieran un remedio, una operación, algo... Se esperaba... En cambio ahora...

OCTAVIO.— Ya está... ya está... Sécate las lágrimas y pongamos un poco de música. ¿No te gustaría escuchar otro capítulo de esa comedia que oíamos anoche? Rebeca, tienes que hacer un esfuerzo.

REBECA.— Cuando hablaste recién... la vi, Octavio, la vi mirando el agua del lavatorio y riéndose ¿te acuerdas cómo se reía?

OCTAVIO.— Rebeca...

REBECA.— Yo habría sido capaz de cuidarla toda una vida, porque era lo único que teníamos para esperar, lo único que nos preocupaba, lo que nos hacía seguir adelante. En cambio, ahora...

OCTAVIO.— Cálmate...

REBECA.— Ahora ya nunca podremos tener nada, porque estamos demasiado viejos.

OCTAVIO.— *(Después de un largo silencio.)* Sí, estamos demasiado viejos.

(Va hacia la radio y la conecta. Se escucha una música característica y luego la voz, en sordina, de un locutor que explica lo que ha sucedido en el capítulo anterior. Pero ninguno de los dos lo escucha. Octavio va hacia la ventana y mira. Rebeca, mientras tanto, se ha enjugado los ojos, ha terminado de disponer las flores y, habiendo colocado el florero junto al retrato, sale a la cocina con las flores viejas. Después de un rato vuelve...)

OCTAVIO.— Mira... Ha llegado otro hombre. Parece que lo estaba esperando a él. Éste trajo unos palos ¿ves?

REBECA.— *(Va a pararse junto a él, cerca de la ventana.)* ¿Quiénes serán?

OCTAVIO.— Obreros, parecen.

REBECA.— Se diría que ha refrescado.

OCTAVIO.— ¿Encuentras?

REBECA.— Octavio... he estado pensando algo.

OCTAVIO.— ¿Qué?

REBECA.— A propósito de las vacaciones...

OCTAVIO.— ¿Para qué hablamos de eso, Rebeca? Ya sabes que no podremos salir este año, ni el próximo.

REBECA.— Es que justamente...

OCTAVIO.— Por favor, Rebeca.

REBECA.— Déjame hablar. Fui a ver al doctor Prado esta mañana. Le expliqué la situación, le dije todos los gastos en que había incurrido con la enfermedad de Rebequita y luego con la... Es un hombre muy comprensivo, Octavio. Me escuchó con toda atención y me dijo que él no tenía ningún inconveniente.

OCTAVIO.— Pero, Rebeca, si no es al doctor Prado a quien le debemos dinero. A él le pagamos la cuenta y para hacerlo tuvimos que pedir un préstamo a la Caja. Es a la Caja a quien tenemos que pagarle las mensualidades.

REBECA.— ¿Y no podríamos hablar con la Caja? ¿Con alguien en la Caja?

OCTAVIO.— Rebeca, no hablemos más de eso. Es un hecho: debemos ese dinero y la única manera en que podemos pagarlo es privándonos de ir a veranear.

REBECA.— Pero a ti te gusta tanto el mar. Te hace tanto bien. ¿Te acuerdas lo mucho que nos gustaba pasarnos el día en la playa, a ti, a Rebequita y a mí?

OCTAVIO.— Sí, pero ahora no podemos hacerlo.

REBECA.— A ti te hace tanto bien. Y quiero que vayas.

OCTAVIO.— Después volveremos.

REBECA.— ¿Después?

OCTAVIO.— Cuando hayamos terminado de pagar.

REBECA.— Después...

OCTAVIO.— Están clavando los palos en la pared. ¿Qué es lo que irán a hacer?

REBECA.— Después... ¿Cuándo? ¿Cuándo?

OCTAVIO.— ¡Qué idea venir a clavar a esta hora!

REBECA.— Octavio...

OCTAVIO.— Dime.

REBECA.— Octavio ¿tú crees que algún día volveremos a ir al mar?

OCTAVIO.— Quién sabe...

(Se escucha el ruido de los martillazos mezclado a la música que viene del radio y las luces van

disminuyendo lentamente. Al volver a encenderse las luces, Rebeca está colocando las tazas y platos en la mesa. Es de mañana.)

REBECA.— Octavio...

VOZ DE OCTAVIO.— ¿Qué?

REBECA.— Ya va a estar listo el desayuno.

VOZ DE OCTAVIO.— Ya voy.

(Rebeca va hacia el cuarto de donde ha salido la voz, mira y luego vuelve a la salita, se acerca a la fotografía de la niña y, besándose la punta de los dedos, los aplica sobre el vidrio. Hace todo esto en forma muy rápida, como si temiera ser sorprendida, sale luego hacia la cocina. Entra Octavio.)

OCTAVIO.— Ya estoy listo.

VOZ DE REBECA.— Siéntate mientras, ya llevo el café.

(Octavio mira hacia la cocina y cuando percibe que Rebeca no lo ve, va hacia la fotografía y hace los mismos gestos que su mujer. Luego va a la ventana y la abre. Se queda mirando la pared.)

OCTAVIO.— Rebeca...

REBECA.— *(Entrando.)* ¿Sí?

OCTAVIO.— ¡Ya sé lo que van a hacer!

REBECA.— ¿Dónde?

OCTAVIO.— En la pared. Van a colocar una propaganda.

REBECA.— ¿Una propaganda?

OCTAVIO.— Claro. Hace uno o dos años lo hicieron. ¿No te acuerdas?

REBECA.— ¿Ese neumático que pusieron?

OCTAVIO.— Ése.

REBECA.— Parecía que lo iba a aplastar a uno cada vez que se salía a la terraza.

OCTAVIO.— Pueda ser que no coloquen el mismo.

REBECA.— Ven a tomarte el café antes de que se te enfríe.

OCTAVIO.— Ya voy.

REBECA.— Ojalá que la propaganda no tenga colores muy brillantes. El sol pega muy fuerte sobre ese muro.

OCTAVIO.— Este café es mejor que el otro.

REBECA.— Es el mismo.

OCTAVIO.— Lo debes haber preparado de otra manera entonces.

REBECA.— No. Igual. ¿Te gusta?

OCTAVIO.— Sí. Lo encuentro mejor que el otro. *(Beben el desayuno durante un rato y no hablan.)*

Hay algo distinto en el aire hoy día.

REBECA.— ¿Qué?

OCTAVIO.— No sé... Se siente el verano. Como cuando nos casamos ¿te acuerdas?

REBECA.— Pero, Octavio, si nos casamos en agosto.

OCTAVIO.— Pero ese año se adelantó el verano. Ya en agosto se le olía.

REBECA.— *(Riendo.)* ¡Se le olía! Cualquiera diría que el verano tiene olor.

OCTAVIO.— Claro que sí. Tiene el mismo olor del mar.

REBECA.— Estamos tan lejos del mar acá.

OCTAVIO.— ¿Te acuerdas de esa playa donde pasamos la luna de miel?

REBECA.— ¿Soñaste anoche?

OCTAVIO.— Sí, creo que sí.

REBECA.— ¿Qué soñaste?

OCTAVIO.— No sé. No me acuerdo. ¿Por qué?

REBECA.— Estás tan lleno de recuerdos.

OCTAVIO.— Bajamos a la playa y ahí creo que fue la primera vez que vi el verano. ¿Te acuerdas, Rebeca? Tú te estabas sacando los zapatos para irte a mojar los pies y encontraste un sello en la arena...

REBECA.— ¿Un sello? No me acuerdo.

- OCTAVIO.— Claro que sí. Un sello de Colombia, con una vista de Buenaventura. Es uno de los más raros de mi colección.
- REBECA.— ¿Crearás que no me acuerdo?
- OCTAVIO.— Claro que sí, tú me lo pasaste. *(Le toma la mano entre las suyas y hace que ella la tienda hacia él.)* Toma, me dijiste, toma un regalo de primer día.
- REBECA.— ¿Un regalo de primer día? ¿Qué querría decir?
- OCTAVIO.— Ahora me acuerdo... He estado soñando con el mar toda la noche.
- REBECA.— Es la época. Antes siempre te pasaba lo mismo. Con los primeros calores, te ponías a soñar con el mar. Me hacías escribir a la pensión para reservar piezas, yo sacaba la ropa de verano y tú pedías tu feriado en la oficina.
- OCTAVIO.— ¿Y si lo pidiera, Rebeca?
- REBECA.— ¿Qué cosa?
- OCTAVIO.— El feriado. Nadie se interesa por salir en diciembre y me lo darían. Tal vez sería una buena idea.
- REBECA.— ¿Para qué?
- OCTAVIO.— Para cambiar un poco. Nunca he salido de vacaciones en diciembre.
- REBECA.— Pero después el verano se te hará mucho más largo.
- OCTAVIO.— Y qué importa si no vamos a salir a ninguna parte.
- REBECA.— Octavio...
- OCTAVIO.— *(Interrumpiéndola.)* A ninguna parte, Rebeca. *(Se levanta.)* Yo seguiría comprando de este mismo café. Es mucho mejor que el otro.
- (Él se acerca a la ventana y ella recuerda.)*
- REBECA.— Te pasé una estampilla y te dije: toma un regalo de primer día...
- OCTAVIO.— *(Mirando por la ventana.)* ¡Mira! Los hombres van a empezar a pegar los papeles... Haz una manda para que no sea un neumático *(Ríe y se apronta a salir hacia su pieza.)*
- REBECA.— Octavio...
- OCTAVIO.— ¿Qué?
- REBECA.— He estado pensando. Anoche, mientras nos dormíamos. El año pasado nos sobró algo de dinero y si lo juntamos a lo que nos sobre este año, podrías ir a pasar una semana a la playa.
- OCTAVIO.— Pero, Rebeca, son unos pocos miles no más. No nos bastaría ni para tomar el tren.
- REBECA.— Es que he pensado que tú podrías ir solo. A ti te gusta tanto el mar. Yo me quedaría acá. Tú has trabajado todo el año, lo necesitas y si ahora dices que vas a pedir feriado en diciembre, los precios de la pensión no son tan caros como en febrero y...
- OCTAVIO.— ¿Solo? Pero qué quieres que haga solo durante una semana en la playa. ¿Te has vuelto loca, Rebeca? ¿Qué haría durante una semana sin ti?
- (Desaparece hacia la pieza y ella lo mira irse. Se cubre la boca con la mano y comienza a sollozar dulcemente, mientras afuera se escuchan los martillazos. Las luces se apagan lentamente. Cuando vuelven a encenderse, las cortinas están corridas y es de noche. La pieza está vacía y después de algunos segundos entra Octavio.)*
- OCTAVIO.— *(Llamando.)* Rebeca... Rebeca...
- (Va y enciende las luces. A los pocos segundos aparece Rebeca corriendo.)*
- REBECA.— Estaba donde la señora Eugenia. No te sentí subir. ¿Hace rato que llegaste?
- OCTAVIO.— No. Recién. Pedí mis vacaciones, Rebeca. Me las otorgaron sin ninguna dificultad.
- REBECA.— Te tengo una sorpresa.
- OCTAVIO.— ¿Cuál?
- REBECA.— Mira...
- (Descorre las cortinas y abre las ventanas. En el muro del frente se divisa un mar pintado y sus reflejos verdiazules invaden la pieza.)*
- OCTAVIO.— Es un mar.
- REBECA.— Sí.
- OCTAVIO.— Parece de verdad.
- REBECA.— ¿No es cierto? Es lo que estábamos diciendo con la señora Eugenia.

OCTAVIO.— Esa ola... Uno diría que se va a romper en cualquier momento.

REBECA.— Verdad.

OCTAVIO.— ¿Y qué es lo que hay allá abajo? Parece una palabra.

REBECA.— Es una propaganda. Dice: Tan fresca y pura como el mar. Beba agua mineral Buenaventura...

OCTAVIO.— ¿Buenaventura?

REBECA.— Sí, es el nombre del agua. Como el de ese lugar que había en el sello.

OCTAVIO.— ¿Ves tú? Ese día tú me dijiste que iríamos a Buenaventura.

REBECA.— ¿Yo te dije eso?

OCTAVIO.— Sí. “Toma un regalo de primer día”. Después miraste el sello, leíste la palabra Buenaventura y agregaste: “Algún día iremos ¿no es cierto?”.

REBECA.— Y ya lo ves. ¡Estamos en Buenaventura!

OCTAVIO.— Y el viaje fue casi gratis.

REBECA.— Sin maletas, sin preocupaciones, sin nada... Nos trajeron el mar a la ventana.

OCTAVIO.— *(Riendo.)* Reparto a domicilio.

(Ambos ríen. La pieza en cierta forma ha cambiado. Se le nota menos sórdida ahora, con más magia envuelta en todos esos colores verdes y azules.)

REBECA.— Siéntate ahora. Te voy a ir a buscar algo especial que te preparé.

OCTAVIO.— ¿Qué?

REBECA.— Unas cervezas. Se me ocurrió que te gustaría tomarte una cerveza. Como antes... Ya vuelvo.

(Octavio queda solo. Va hacia el radio y lo enciende. Se escuchan los acordes de “El Mar”, de Debussy. Poco a poco la pieza se oscurece y el mar dibujado sobre la pared de enfrente parece adquirir vida. Al compás de la música, uno creería que las olas se alzan y bajan, una tras otra. Esto dura algunos segundos y cuando Rebeca vuelve con la bandeja, también se detiene presa en la magia.)

OCTAVIO.— Rebeca... Rebeca... ¿sabes algo? Habría jurado que esa ola se rompió, tal cual lo hacen en la playa...

REBECA.— Sí, parece que ésa fuera otra. Una nueva...

(La música crece en intensidad y las luces se apagan de golpe. Luego vuelve el silencio y poco a poco, las luces. Es de mañana. Las cortinas están corridas, pero a través de ellas se distingue el resplandor verde del mar. Toda la pieza parece llena de una alegría que antes no tenía. Las puertas de la cocina y del dormitorio están abiertas. Al comienzo sólo se escuchan las voces de Rebeca y Octavio.)

VOZ DE OCTAVIO.— ¡Rebeca!

VOZ DE REBECA.— ¿Octavio?

VOZ DE OCTAVIO.— Me va a traer el agua caliente para afeitarme, señora.

VOZ DE REBECA.— Ya voy, señor.

(Octavio entra en bata de levantarse, con la cara enjabonada, listo para afeitarse. Por la otra puerta aparece Rebeca con un jarro de agua hirviendo entre las manos. Ambos parecen más jóvenes.)

OCTAVIO.— Por fin.

REBECA.— Aquí está.

OCTAVIO.— Nunca había dormido tan bien, desde hacía años... Si parece que el aire estaba más fresco, más puro.

REBECA.— Aféitate aquí. Antes me gustaba tanto mirarte cuando te afeitabas. Una siempre cree que va a aparecer otra cara bajo el jabón.

OCTAVIO.— ¿Otra cara?

REBECA.— Una distinta.

OCTAVIO.— Ya te aburrí la mía.

REBECA.— No seas tonto. Otra cara, igual pero distinta. Una cara ¿cómo explicarte? Cambiada, con otra expresión, nueva, joven...

OCTAVIO.— Ya. Me estás diciendo viejo.

REBECA.— No, no es eso. Ah... no comprendes nada.

- OCTAVIO.— Lo comprendo todo. Y para demostrártelo, voy a darte un beso, así, con la boca llena de jabón, como lo hacía antes.
- REBECA.— No, Octavio, no seas absurdo. (*Él se acerca a ella y ella arranca; corren a través de la pieza, hasta que por fin él la toma entre sus brazos y la besa.*) Octavio... Octavio...
- OCTAVIO.— ¿Qué vamos a hacer hoy día?
- REBECA.— No sé. ¿Qué quieres hacer tú?
- OCTAVIO.— Lo mismo de ayer. ¿Qué te parece?
- REBECA.— Me parece muy bien.
- OCTAVIO.— Voy a sacar la silla a la terraza y me tenderé al sol. ¿Me trajiste el diario?
- REBECA.— Sí. Aquí está.
- OCTAVIO.— El mundo parece que se estuviera renovando, Rebeca. Ayer todas las noticias eran distintas, nuevas, como las caras que aparecen debajo de los jabones de afeitarse.
- REBECA.— ¿Y después?
- OCTAVIO.— Después vamos a almorzar en la terraza, mirando el mar.
- REBECA.— Y después una siesta.
- OCTAVIO.— Como ayer.
- REBECA.— Pero ahora no te voy a dejar abrir las cortinas.
- OCTAVIO.— Un poco sí.
- REBECA.— Ni un poco. Entra mucho calor.
- OCTAVIO.— Pero así puedo ver el mar.
- REBECA.— El mar... el mar. Han sido como unas verdaderas vacaciones ¿no te parece? Como estar junto al mar...
- OCTAVIO.— Sí, unas verdaderas vacaciones. ¿Ves como tuve razón en pedir mi permiso para estos meses? Si no, ¿cuándo habría tenido estos quince días de mar y de sol de playa?
- (*Los dos se toman de la mano y ríen.*)
- REBECA.— Octavio...
- OCTAVIO.— ¿Qué?
- REBECA.— A veces me pregunto si será posible que uno vaya retrocediendo en el tiempo.
- OCTAVIO.— ¿Retrocediendo? ¿Cómo?
- REBECA.— Como si una fuera desandando los años. ¿Me comprendes? Ayer tuve la impresión que desandábamos años, que volvíamos hacia atrás.
- OCTAVIO.— Sí, yo también la tuve.
- REBECA.— Estábamos todos en la playa, tú al sol y yo tejiendo y la niña... (*se inmoviliza durante un segundo*) y la niña todavía no se había muerto. Todo eso es tan feliz, Octavio. Todos los recuerdos son felices. ¿Por qué será? Como si del pasado uno no hubiese retenido más que... que los momentos dichosos... ¿Será ésa la única manera de ser feliz, Octavio? ¿Será ésa?
- OCTAVIO.— ¿Cuál?
- REBECA.— Recordando.
- (*Octavio permanece un segundo pensativo y luego se saca el batón de casa y aparece vestido con una camisa de colores y un pantalón de verano.*)
- OCTAVIO.— Yo estoy listo para irme a la playa.
- (*Rebeca hecha la cabeza hacia atrás y ríe.*)
- OCTAVIO.— ¿Qué es lo que pasa?
- REBECA.— Nada, nada... Es que de pronto te vi muy divertido.
- OCTAVIO.— ¿Encuentras que esta camisa es demasiado... extravagante?
- REBECA.— No, claro que no. Y además... esta playa (*muestra el balcón*) es privada, privadísima. Es nuestra.
- OCTAVIO.— Me voy a mis posesiones entonces. ¿Tú vas a venir?
- REBECA.— Me voy a vestir y te acompaño. ¡Cuidado con solearte demasiado! Tienes el aceite, y los anteojos, y el sombrero...
- (*A medida que ella nombra los objetos, él los va mostrando.*)
- OCTAVIO.— Soy el veraneante perfecto.

REBECA.— Perfecto.

(Octavio sale al balcón. Rebeca recoge los restos del agua caliente y va a salir hacia la cocina cuando él la detiene.)

OCTAVIO.— Hazme un favor, Rebeca, cierra bien la cortina... Hay una corriente muy fuerte. (Ella va a hacer lo que él le pide.) Y ven pronto... si vieras lo agradable que está la playa esta mañana.

(Rebeca corre las cortinas y al quedar sola en la pieza, murmura.)

REBECA.— Dios mío, haz que esto dure... haz que esto sea cierto y para siempre.

OCTAVIO.— (Sólo se escucha su voz tras la cortina.) Rebeca... ven luego. Ven a acompañarme. Me aburre estar solo.

REBECA.— Ya voy... ya voy...

(Sale hacia la terraza y las luces se apagan. En la oscuridad, se escucha música. "El Mar", de Debussy, que proviene del radio encendido y cuando la pieza vuelve a hacerse visible, ha adoptado un aspecto absolutamente mágico. Octavio está sentado junto a la mesa, ocupado con su colección de sellos y Rebeca está en la ventana, con una bandeja sobre la cual hay dos botellas de cerveza.)

REBECA.— Todas las noches tocan esta música.

OCTAVIO.— Hmm.

REBECA.— ¿Te gusta?

OCTAVIO.— Hmm.

REBECA.— Ahora sí me acuerdo... Yo tenía un vestido del mismo color de estas botellas, esa tarde quiero decir.

OCTAVIO.— ¿Cuál tarde?

REBECA.— Cuando bajamos a la playa. Yo tenía un vestido así, de este color... Nunca supe cómo se llamaba...

OCTAVIO.— ¿Cuál color?

REBECA.— El de estas botellas.

OCTAVIO.— (Se da vuelta y la mira.) ¿Qué es eso?

REBECA.— La cerveza. Como todas las noches. Están heladas, las tenía en la heladera de la señora Eugenia. ¿Quieres que las tomemos ahora?

OCTAVIO.— Hmm.

REBECA.— Era a esta misma hora ¿no es cierto? Y el mar estaba así ¿no es cierto? De ese color, así igual... Tú me ayudaste a bajar a la playa...

OCTAVIO.— Mira, Rebeca... Ven, ven acá. Te quería mostrar esto. Estos sellos que compré ayer. Es una serie que siempre había querido tener. No sé por qué pasé años sin comprarlos.

REBECA.— Había árboles ¿no es cierto? Estaba todo lleno de árboles y se me enredó el vestido en una de las ramas... ¡Cuidado! ¡Cuidado, Rebeca! Cuidado con caerte... Yo me sentía muy frágil, porque la noche anterior la había pasado contigo... por primera vez me sentía como si llevara algo adentro... Rebequita no era más que un pensamiento entonces ¿no es cierto? Algo que imaginábamos, algo que podría llegar a ser...

OCTAVIO.— ¿Vas a destapar las botellas? Tenemos que aprovechar este día. Mañana se me terminan las vacaciones.

REBECA.— Claro que sí. Por un momento todo me pareció tan cierto, como si estuviera sucediendo ahora... ahora...

OCTAVIO.— Y tengo dos meses por delante en esa oficina calurosa.

REBECA.— Pero te vendrás temprano en las tardes ¿no es cierto? Te vendrás y nos sentaremos en la terraza, a mirar el mar.

OCTAVIO.— Sí. ¡Qué agradable es tener algo que esperar al final del día! Estar en la oficina y decirse de repente: llegaré a casa y nos sentaremos a mirar el mar.

REBECA.— (A través de los últimos parlamentos ha destapado las botellas y al ir a arrojar las tapas, al inclinarse hacia la calle, se detiene paralogizada.) ¡Octavio!

OCTAVIO.— Hmm.

REBECA.— Octavio, ven a ver.

OCTAVIO.— (*Sin levantar la vista de sus sellos.*) ¿Qué es lo que pasa?

REBECA.— (*Se retiene.*) Nada. ¿Dónde quieres tomarte la cerveza?

OCTAVIO.— ¿Voy a la terraza... perdón, a la playa?

REBECA.— No... Quédate ahí. Yo te la llevaré.

(*Ella se acerca con las dos copas llenas de cerveza y le pasa una. Él la va a beber de golpe, sin mirarla, cuando se retiene y hace chocar el cristal de las dos copas.*)

REBECA.— (*Después que han bebido.*) Yo tenía un vestido de ese color ¿te acuerdas? Pero ¿qué nos dijimos? ¿Qué hablamos? ¿Cómo volver a repetir las mismas cosas, los mismos gestos, las mismas palabras...?

OCTAVIO.— (*Sorprendido ante la intensidad de su expresión.*) ¿Qué te pasa?

REBECA.— Nada. ¿Por qué?

OCTAVIO.— ¿Que no estás contenta? Con el mar, con todo lo que nos ha sucedido. ¿No sientes tú también que algo nos ha sucedido?

REBECA.— Sí.

OCTAVIO.— Yo antes tenía la sensación de que me había detenido. Rezagado, sí, eso es. Los demás seguían, los demás avanzaban y yo me quedaba anclado en un sitio... En cambio ahora... ¿Sabes una cosa, Rebeca? Ayer, cuando fui a comprar sellos a esa tienda del centro, de repente me sentí caminando con los demás, no sé hacia qué, pero de repente me sentí caminando con los demás, no sé hacia qué, pero caminando... ¿No sientes tú lo mismo?

REBECA.— Sí. Sí.

OCTAVIO.— Dime lo que te pasa.

REBECA.— Nada. Muéstrame los sellos.

OCTAVIO.— ¡Mira! Éste es el que tú me regalaste.

REBECA.— ¿Cuándo?

OCTAVIO.— El que me regalaste esa tarde. El de Buenaventura. ¿Te acuerdas?

REBECA.— A ver...

OCTAVIO.— ¿Qué vas a hacer?

REBECA.— (*Sacando el sello del álbum.*) Quiero verlo...

OCTAVIO.— Tiene un paisaje, el mar y unos árboles... Deben ser palmeras.

REBECA.— Palmeras deben ser,

OCTAVIO.— Dámelo.

(*Rebeca va hacia la terraza. Su nerviosidad ha aumentado. Por un momento trata de jugar con él, haciendo que él la persiga; pero en el balcón se detiene y se da vuelta hacia él. Con voz angustiada dice.*)

REBECA.— Toma un regalo de primer día.

OCTAVIO.— Ahora me acuerdo de tu vestido.

REBECA.— Toma un regalo de primer día. (*Lee el sello.*) Buenaventura... Sí... aquí entre las palmeras dice Buenaventura.

OCTAVIO.— Y yo me agaché para desenredártelo del arbusto donde se había agarrado. Pensé que tenía que protegerte, que ahora siempre viviríamos juntos, que a lo mejor íbamos a tener un hijo...

REBECA.— (*Con una voz muy distinta, como si en verdad hubiese retrocedido en el tiempo.*) Algún día iremos ¿no es cierto? Algún día iremos a Buenaventura.

OCTAVIO.— ¿Qué te pasa, Rebeca?

REBECA.— Toma... toma un regalo de primer día. (*Extiende el sello. Cuando él lo va a tomar, ella lo rompe en pedazos y sopla los pedazos en su rostro.*) ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma!

OCTAVIO.— Rebeca...

REBECA.— No hay primer día. El tiempo no se detuvo, no se detuvo, no se detuvo...

OCTAVIO.— (*Mientras ella se agarra a la balastrada del balcón y llora.*) ¿Qué te pasa, Rebeca? Cálmate... Dime al menos lo que ha sucedido.

REBECA.— ¿Qué no ves? Mira... Han venido los hombres y se están llevando el mar. Se lo están llevando, Octavio, se lo están llevando...

(*Y mientras ella sigue llorando, las luces se apagan. La música se detiene de golpe. La mañana*

siguiente. El mar ha desaparecido. A través de la ventana, sólo se ve el muro blanco. Octavio está sentado junto a la mesa del desayuno y Rebeca, apoyada contra el muro de la ventana, mira.)

REBECA.— Acaban de sacar la última esquina... ésa, allá abajo, donde estaba escrita la palabra Buenaventura... Están recogiendo los papeles ahora.

OCTAVIO.— Ven a tomar una taza de café, Rebeca.

REBECA.— Son los mismos hombres. Los mismos que vinieron a colocarlo.

OCTAVIO.— Te va a hacer mal estar ahí de pie. La mañana está fresca.

REBECA.— Tantos papeles que tienen que recoger, y los palos y el tarro de engrudo.

OCTAVIO.— Ven a sentarte, Rebeca.

REBECA.— Ahora se suben a sus bicicletas. Se van alejando... ya... Doblaron por la esquina...

OCTAVIO.— Rebeca... no te quedes ahí junto a la ventana. Te va a hacer mal. Ven... ven a sentarte.

(Se da vuelta hacia Octavio y va a sentarse junto a él en la mesa. Lo mira. Mira el cuarto. Se nota que hace un gran esfuerzo para volver a la vida que los rodea. Octavio le sirve una taza de café. Ella lo rechaza.)

REBECA.— No quiero.

OCTAVIO.— Trata de calmarte. Mira... ¿por qué no te arreglas y bajamos a hacer las compras juntos?

REBECA.— Vas a llegar tarde a la oficina.

OCTAVIO.— No voy a ir hoy día.

REBECA.— ¿Cómo?

OCTAVIO.— Mañana daré cualquier excusa.

REBECA.— ¿No vas a ir...?

OCTAVIO.— No. Quiero quedarme contigo. Quiero que nos quedemos juntos. Ven... Voy a cerrar las cortinas. La luz está muy fuerte. Pega el sol sobre... Rebeca... te... te quería dar las gracias.

REBECA.— ¿Por qué?

OCTAVIO.— Por este veraneo, por estos días, por todo...

REBECA.— Pero se nos acabó, Octavio, se nos acabó. Nos llevaron el mar.

OCTAVIO.— A lo mejor este otro año vuelven a poner otro.

REBECA.— ¿Tú crees? ¿Tú crees que volveremos a ver el mar?

OCTAVIO.— Así lo espero, Rebeca. Así lo esperamos ¿no es cierto?

(Hay un silencio. Rebeca se acerca entonces al retrato de la niña y comienza a cambiar las flores. Repite casi como un eco.)

REBECA.— Así lo esperamos ¿no es cierto?

TELÓN

BUENAVENTURA III

“Arpeggione”

(1962)

(Una sala de ensayo. Es una pieza de paredes oscuras y desnudas. Un lugar donde la gente pasa, no se queda. Tal vez en un rincón habrá una litografía que representa algún músico. Eso es todo. En el centro del cuarto, y un poco a la izquierda, hay un piano, algunas sillas. En cambio, a la derecha se encuentran varios atriles de metal. Se yerguen casi como los árboles de un bosque, rígidos, formando un conglomerado. Sobre ellos cae una luz verdosa que proviene de una claraboya alta. En esta forma, la sala queda dividida en dos zonas determinadas: una más real a la izquierda y otra, a la derecha, donde se presiente una cierta magia. Esta diferencia se irá acentuando a medida que transcurre la obra. La obra está trazada en torno a la “Sonata en La menor” para Violoncello y Piano, de Schubert. Es esa música la que se oirá a través de la acción. A veces y en los momentos en que los personajes piensan, la música deberá proseguir, aún cuando el personaje que reflexiona en voz alta se levante, y accione.)

Rosa está sentada junto al piano y descifra en la partitura los primeros compases de la “Sonata”. Es una mujer no muy joven que, sin embargo, guarda en torno a ella un aire de muchacha. Se viste de colores claros, con un vestido de otra época; pero es sobre todo en su actitud, una especie de ingenuidad que a esa edad ya es patética, donde resalta ese rasgo.

Después de algunos segundos entra Lorenzo. Es un hombre un poco mayor que ella. Frío, exteriormente impassible. Trae un violoncello en su caja.)

LORENZO.— Buenos días.

ROSA.— Oh... buenos días. Perdóneme... parece que llegué un poco adelantada.

LORENZO.— No. Soy yo el que estoy atrasado.

ROSA.— No tiene ninguna importancia. Cada día es más difícil llegar a los lugares... quiero decir, la locomoción y... ¿vive muy lejos?

LORENZO.— Veo que mi agente le entregó la partitura.

ROSA.— Sí, sí. Aquí está. *(Con un gesto, la toma y al hacerlo varias hojas caen al suelo.)* Ah... mire lo que hice. *(Se arrodilla para recogerlas. Él, que ha estado sacando el violoncello, no la ayuda.)*

Soy tan torpe... quiero decir, torpe para estas cosas. Desde niña siempre me dijeron que...

LORENZO.— *(Interrumpiendo.)* Supongo que mi agente le habrá dicho de qué se trataba.

ROSA.— Sí, me llamó ayer. El señor Landa es muy amigo mío, quiero decir de mi familia, en fin, de mi padre. Fueron amigos desde jóvenes. Y siempre se acuerda de nosotros cuando se trata de..., en fin, de algún trabajo... Ayer cuando llamó, no puede imaginarse la emoción que sentí. Yo ni siquiera sabía que usted estaba acá.

LORENZO.— Estoy de paso.

ROSA.— Yo siempre lo he admirado tanto.

LORENZO.— Supongo que conocerá la partitura.

ROSA.— Pasé toda la noche estudiándola.

LORENZO.— No es difícil.

ROSA.— No. Ya casi me la sé de memoria.

LORENZO.— La parte del piano casi no cuenta.

ROSA.— En verdad es un poco... ¿cómo podríamos llamarla?

LORENZO.— El piano está al servicio del otro instrumento.

ROSA.— Sí, eso es.

LORENZO.— Por eso no creo que tenga mayores dificultades. Además el señor Landa me dijo que usted era muy profesional para su trabajo.

ROSA.— ¿Eso le dijo?

LORENZO.— Y justamente es eso lo que necesito.

ROSA.— ¿Eso no más le dijo?

LORENZO.— Alguien que me ayude a repasar la partitura. Mi acompañante, como usted sabe, se le ocurrió irse de viaje.

ROSA.— Sí, fue lo que el señor Landa me dijo. Es una lástima, ¿no? Yo siempre he pensado, al escucharlos, quiero decir, que ustedes se complementan tanto.

LORENZO.— Así es.

ROSA.— Pero va a volver, ¿no es cierto? (Lorenzo *ha estado ajustando su instrumento. De pronto se detiene, la mira y ella repite su pregunta.*) ¿Va a volver?

LORENZO.— ¿Por qué no habría de volver?

ROSA.— (Riendo un poco molesta.) No... lo que quiero decir es que se van a reunir... antes del concierto me refiero... De modo que puedan ensayar juntos.

LORENZO.— No vamos a tener mucho tiempo.

ROSA.— Fue lo que me dijo el señor Landa.

LORENZO.— ¿Le importaría que empezáramos?

ROSA.— ¡Ay, sí! Perdón... Soy tan habladora. Tiene que llamarme la atención todo el tiempo (ríe.) Cuando chica en mi casa siempre me decían que nada más que por hablar, era capaz de repetir lo que los otros decían.

LORENZO.— (Interrumpiendo.) Creo que lo mejor es atacar desde el comienzo. Ahí iremos viendo.

ROSA.— Sí, ahí iremos viendo...

(Se sientan y comienzan a interpretar la "Sonata". Después de algunos segundos, ella lo mira y comienza a hablar en voz alta. La música no se detiene.)

ROSA.— Quisiera no equivocarme. Quisiera tocar la "Sonata" de comienzo a fin sin equivocarme.

Quisiera que él, al final, se diera vuelta y me dijese: Muy bien. Mañana empezamos de nuevo. Mañana seguimos.

LORENZO.— (Dándose vuelta hacia ella y dejando de tocar.) No... No, señorita. Eso es bemol.

ROSA.— Oh, perdón. Tiene razón: es bemol.

LORENZO.— Claro que sí.

ROSA.— Voy a hacer una pequeña anotación. Le prometo no equivocarme más. Espere... aquí debo tener un lápiz. (Abre su cartera y busca.) Mi padre siempre me enseñó que un músico debía tener un lápiz a mano. (Ríe.) Para las anotaciones. El encerraba las notas con una especie de halos. Todas sus partituras están llenas de halos. (Ríe.) Como un santoral.

LORENZO.— Bemol entonces.

ROSA.— (Insistiendo.) Sí, sí. Bemol con un halo.

LORENZO.— Tomemos desde el tercer compás.

(Vuelve a escucharse la música. Y luego, después de algunos segundos, ella vuelve a mirarlo y comienza a hablar.)

ROSA.— No sé cómo llegar hasta él. Me gustaría encontrar una palabra, algo, que fuese como una llave. Que yo dijera... no sé, cualquier cosa y que él se abriera como... como cuando una abre la puerta de una pieza y adentro todo está lleno de sol... Eso es. Cuando pequeña siempre iba por el pasillo oscuro, el que lleva de la puerta de calle al salón y me daba miedo. Miedo que alguien se escondiera ahí, y me agarrara las piernas o me pusiera una mano fría sobre la boca. (Ríe.) Y cuando escuchaba el piano. "Papá" decía... y la puerta de la sala de música se abría como si mi palabra fuese una llave. Se abría sola. Y ahí estaba él, de espaldas a la ventana, con todo el sol por detrás, como un Dios en un tríplico... ¡Qué agradable era volver a casa y escuchar el piano! (Hay una nota falsa en el piano. La música se interrumpe.) Oh, perdón... ¡Qué tonta soy! Eso también es bemol.

LORENZO.— Así es.

ROSA.— No sé lo que me pasa. Anoche, cuando practicaba, no me equivoqué ni una sola vez.

LORENZO.— Ensayamos de nuevo.

ROSA.— Tiene que tener un poco de paciencia. (Ríe.) A pesar de lo que le dijo el señor Landa, en verdad no soy profesional.

LORENZO.— Sí, lo sé.

ROSA.— A nosotras, somos cuatro hermanas usted sabe, cuatro hermanas, ningún hermano, una casa

llena de mujeres. (*Ríe.*) De mujeres un tanto inútiles, a nosotras nos enseñaron a tocar el piano porque sí, porque en esa época se enseñaba, porque mi padre era un gran músico y...

LORENZO.— Lo sé.

ROSA.— Pero ninguna de nosotras fue *profesional*.

LORENZO.— Lo sé.

ROSA.— Por eso va a tener que perdonarme.

LORENZO.— En arte no valen las excusas.

ROSA.— (*Después de un brevísimo silencio durante el cual recibe la frase de Lorenzo casi como una bofetada.*) Era lo que siempre decía mi padre.

LORENZO.— Y tenía razón. Volvamos a empezar.

(*Nuevamente la música se enhebra.*)

ROSA.— (*Monologando.*) Claro que tenía razón. En arte no valen las excusas. En nada valen las excusas. Y sin embargo, ¿qué puede hacer una? (*Lo mira.*) Se me ocurre todopoderoso. Como cuando mi padre se sentaba al piano. Solo con su instrumento, alejado, bastándose a sí mismo. Procreando en sí...

LORENZO.— No con tanta fuerza, señorita.

ROSA.— ¿Cómo?

LORENZO.— Es un Allegro moderato. Tiene que tener una cierta pausa, una cierta medida.

ROSA.— Tiene razón.

LORENZO.— Si en algo le puede ayudar, señorita, le diré que para mí todo este movimiento tiene un sentido vegetal.

ROSA.— ¿Vegetal?

LORENZO.— Como internarse lentamente en un bosque.

ROSA.— En un bosque... (*Él ha vuelto a iniciar la melodía. Ella también. Sin embargo, mira hacia el lugar donde están los atriles y repite.*) Como un bosque... (*La música sigue escuchándose y lentamente Rosa se levanta y atraviesa el cuarto, llega hasta el lugar donde se yerguen los atriles y se pierde entre ellos como en un bosque.*) ¿Te acuerdas del bosque, papá? Todos los días, a eso del mediodía, me gritabas: "Rosina, vamos a caminar al bosque..." Y yo partía tras de ti. Era como éste, ¿te acuerdas? Con los árboles altos y esa luz verde que se colaba entre las ramas. Y yo te seguía y, tras de mí, el perro. Y nos internábamos cada vez más y, cada vez, te ibas distanciando de nosotros, de mí y del perro, cada vez más lejos, cada vez más inaccesible, cada vez más todopoderoso. Te encerrabas en tí mismo. Sacabas un trozo de papel del bolsillo, un lápiz y junto con silbar la melodía, la iba anotando... Y yo... yo me quedaba sola. No, sola no. Llamaba al perro. Buenaventura, le decía, Buenaventura... Me han dejado sola, Buenaventura. Ven a acompañarme. ¿No lo ves allá, creando como un pequeño Dios? Nosotros no somos así, Buenaventura. Nosotros somos lo creado, los pobres mortales, los que se quedan aquí, los unos con los otros. Ven a acompañarme entonces, Buenaventura. Permanezcamos el uno junto al otro mientras papá, mientras él (*muestra a Lorenzo*), mientras los artistas del mundo crean... ¿Dónde te has metido, Buenaventura? ¿Dónde? Buenaventura. Buenaventura, Buenaventura...

(*Y mientras sigue llamando, las luces bajan y la "Sonata" sigue tocando, los envuelve y se aleja. Cuando vuelve la claridad, Lorenzo está nuevamente sentado con el instrumento entre las manos y ella se está sacando el sombrero junto al piano.*)

ROSA.— Soy yo quien tengo que excusarme ahora.

LORENZO.— En realidad creí que le habría sucedido algo.

ROSA.— Me atrasé. Cada día es más difícil llegar a los lugares... quiero decir la movilización y...

Yo vivo muy lejos. Conservamos la casa que teníamos antes. Es inmensa, pero la conservamos por el recuerdo, ¿usted sabe? Claro que la ciudad se ha movido para otro lado. Nosotros quedamos allá, como una isla.

LORENZO.— ¿Trajo la partitura?

ROSA.— Mañana le prometo que estará antes que usted. (*Ríe.*) Como el primer día.

LORENZO.— Lo mejor es comenzar cuanto antes, señorita.

- ROSA.— Llámeme Rosina.
- LORENZO.— Creí que su nombre era Rosa. Por lo menos fue lo que me dijo Landa.
- ROSA.— Mi padre me puso Rosina. Por el "Barbero", ¿sabe? En mi familia todo fue siempre muy musical.
- LORENZO.— ¿Empezamos?
- ROSA.— Sí, sí. Un momento por favor mientras ordeno mis cosas... ¿Ha tenido alguna noticia?
- LORENZO.— ¿De quien?
- ROSA.— De su acompañante.
- LORENZO.— No.
- ROSA.— El señor Landa tampoco ha sabido nada.
- LORENZO.— ¿Quien se lo dijo?
- ROSA.— El mismo, el señor Landa. Le pregunté esta mañana. Me dijo que no había tenido ninguna noticia.
- LORENZO.— No, no ha tenido.
- ROSA.— Ojalá vuelva. Quiero decir, ojalá vuelva para que puedan ensayar juntos. Antes de la gira, quiero decir.
- LORENZO.— Creo que es mejor empezar por el Adagio.
- ROSA.— Por el Adagio, sí. Ayer casi no alcanzamos a verlo. Espérese... déjeme encontrarlo. *(De pronto ríe.)*
- LORENZO.— ¿Qué pasa?
- ROSA.— Nada. Perdóneme. Es que el nombre de esta "Sonata" siempre me da risa... No sé por qué.
- LORENZO.— ¿Arpeggione?
- ROSA.— Sí. *(Vuelve a reír.)* Eso... Siempre ha habido ciertas palabras que me hacen reír. Desde chica. La palabra crisálida por ejemplo. Y zanahoria. Y renúnculo.
- LORENZO.— Arpeggione es una especie de violoncello.
- ROSA.— Sí, lo sé. Una mezcla entre violoncello y guitarra. ¿No es cierto?
- LORENZO.— Sí. Es un instrumento que ya no existe.
- ROSA.— ¡Qué pena!
- LORENZO.— ¿Por qué?
- ROSA.— Me encantaría verlo.
- LORENZO.— Una vez vi uno.
- ROSA.— ¿Dónde?
- LORENZO.— En un museo.
- ROSA.— ¿Y cómo era?
- LORENZO.— Como una especie de guitarra; pero con algo de cello.
- ROSA.— ¡Qué raro! ¿Qué tenía de guitarra y qué de cello?
- LORENZO.— Es difícil explicar.
- ROSA.— Es lógico que haya desaparecido, ¿no le parece?
- LORENZO.— ¿Por qué?
- ROSA.— Porque como decía mi papá, nada de lo que es híbrido dura.
- LORENZO.— Su padre parece haber sabido muchas cosas.
- ROSA.— Muchas. Era un hombre realmente extraordinario. Y yo tuve la dicha de poder compartir algunas de esas cosas. Mi madre fue siempre un ser muy diferente a él. Jamás llegaron a comprenderse. Pero yo era su hija preferida. A través suyo comprendí lo que realmente significa ser un artista. Es así un don del cielo, ¿no? Algo que les ha sido dado porque sí. Y a la postre el artista es el único que se salva, ¿no le parece?
- LORENZO.— ¿Se salva? ¿De qué?
- ROSA.— De lo que sucede acá. De lo que pasa. *(Ríe.)* De la vida.
- LORENZO.— Su padre también le dijo eso.
- ROSA.— No. Eso lo comprendí yo misma.
- LORENZO.— ¿Cómo?
- ROSA.— *(Mirándolo a él.)* Mi padre tenía la facultad de irse, de arrancarse dentro de sí mismo.

LORENZO.— ¿De refugiarse?

ROSA.— No, no, no. No era refugio lo que buscaba. Emprendía largas aventuras dentro de sí mismo, consigo mismo. Y entonces se hacía invulnerable. Como usted cuando toca su instrumento.

LORENZO.— (*Cambiando de tema.*) ¿Encontró ya el Adagio?

ROSA.— Ayer lo contemplé de repente, lo vi tan fuerte.

LORENZO.— El Adagio.

ROSA.— Los débiles somos los que tenemos que quedarnos acá, ¿no es cierto? Ustedes en cambio... ¿cómo decirle?, prosiguen. Sí, eso es, siguen adelante.

LORENZO.— El Adagio, el Adagio por favor.

(*Comienzan a tocar el Adagio. Después de algunos segundos, él empieza a hablar. La música prosigue.*)

ROSA.— Sí, sí... el Adagio. Perdóneme. (*Ríe.*) Ya le dije que era muy conversadora.

LORENZO.— ¿Cómo se salva uno? (*Pausa.*) Debo mantenerme solo y fuerte en esa soledad. (*Pausa.*) No quiero volver atrás. (*Pausa.*) Y sin embargo esta mañana cuando no recibía la carta... (*Pausa.*) Si no me equivoco en esta frase musical, si logro llegar hasta el final del Adagio sin equivocarme una sola vez, cuando vuelva al hotel, en mi casillero, habrá una carta... (*La música se interrumpe de pronto.*)

ROSA.— Yo creo que ahí hay que ligar.

LORENZO.— ¿Cómo?

ROSA.— Perdóneme.

LORENZO.— ¿Qué?

ROSA.— No. Nada.

LORENZO.— (*Con cierta violencia.*) ¿Qué dijo?

ROSA.— Yo creo que debió ligar.

LORENZO.— ¿Dónde?

ROSA.— Ahí, en el segundo compás. Pero por cierto que usted debe saber...

LORENZO.— (*Interrumpiendo.*) Sí, debí ligar. ¿No lo hice?

ROSA.— No.

LORENZO.— Entonces quiere decir que me equivoqué antes de llegar al final.

ROSA.— ¿Cómo?

LORENZO.— Nada. (*Vuelve a tomar el tema del Adagio y durante algunos segundos se escucha la música.*) No tengo que retroceder ahora. No puedo seguir esperando. Llevaré a cabo la gira tal cual la había previsto. Si es necesario, como le dije a Landa esta mañana, me llevaré a esta mujer para que me acompañe. (*Se da vuelta y la mira. Rosa al sentirse observada levanta también el rostro y le sonríe, turbada. Muy a lo lejos se escucha el ruido de una sirena, puede ser lo que anuncia un incendio o bien la de la asistencia que va a buscar a un accidentado. Sin dejar de tocar, ambos intercambian algunas frases.*) ¿Qué será?

ROSA.— Un incendio.

LORENZO.— Un accidente.

ROSA.— Como si llamaran.

LORENZO.— Como si fueran a buscar a alguien.

ROSA.— Un grito.

LORENZO.— Falta el eco. (*Dejan de mirarse. Cada cual se concentra en la melodía de su instrumento. A los pocos segundos, y mientras continúa el Adagio, Lorenzo se levanta y camina hacia el lugar donde están los atriles, se interna entre ellos como si se perdiera en un bosque.*) Tengo que vencer el miedo y volver a entrar al bosque. Igual que antes. Tengo que recordar eso. Yo siempre fui solo, desde niño. Aún cuando había gente alrededor mío, siempre fui solo. Un artista es un hombre solo. Tiene que hacerse fuerte en esa soledad. Tengo que acordarme cómo antes entraba en este bosque. Los otros se habían quedado allá, junto al tranque, bañándose, chapoteando en el agua, gritando, riendo... "Dejen a Lorenzo solo... Déjenlo que se vaya". Y yo seguía avanzando cada vez más rápido, más y más adentro en ese bosque donde la oscuridad misma me ayudaba a tener valor. Y una vez en el centro, ahí

rodeado de árboles, escogía una palabra fuerte, una palabra sonora, algo que hiciera estremecerse el aire y la gritaba: ¡Buenaventura! ¡Buenaventura! Subía como un lagarto por los árboles, trepaba de rama en rama, llegaba al cielo abierto sin un eco, sin una respuesta, nada. Y yo como ahora recién me decía: si nadie me contesta quiere decir que puedo ir más lejos yo, solo y fuerte en esa soledad. (*Vuelve a sentarse y ahora dice.*) En los bosques nunca hay eco.

ROSA.— ¿Cómo? (*Interrumpe la melodía.*)

LORENZO.— (*Mirándola.*) ¿Qué?

ROSA.— Creí que había dicho algo.

LORENZO.— ¿Yo?

ROSA.— Sí.

LORENZO.— Estoy un poco cansado. Será mejor que interrumpamos el ensayo.

ROSA.— ¿Se siente mal?

LORENZO.— No, no es eso.

ROSA.— ¿Quiere que le traiga algo?

LORENZO.— No, voy a volver al hotel.

ROSA.— ¿Por qué no se viene a tomar una taza de té a mi casa? A esta hora mis hermanas siempre preparan té y se conversa... en fin, se hacen las cosas que se hacían antes. (*Ríe.*) Venga.

LORENZO.— No.

ROSA.— ¿Por qué?

LORENZO.— No, gracias. Tengo un compromiso.

ROSA.— ¿Pero que no dijo que iba a volver a su hotel?

LORENZO.— Tengo un compromiso más tarde.

ROSA.— Venga un rato entonces. Los hoteles son tan tristes.

LORENZO.— Sí, son tristes.

ROSA.— Sobre todo cuando una está sola. Una vez me tocó alojarme en un hotel. Tuve que ir a arreglar unos asuntos de mi padre, cuando él todavía... en fin, me alojé en un hotel de provincia, con una cama ancha y unas cortinas que habían sido azules. (*Ríe.*) Cuando el propietario abrió la puerta, una barata corrió a esconderse debajo de la cama. No pegué los ojos en toda la noche.

LORENZO.— Sí. Son muy tristes.

ROSA.— Véngase a tomar el té con nosotras entonces. Mis hermanas estarán encantadas de conocerlo. Les he hablado tanto de usted.

LORENZO.— No. Verdaderamente no puedo...

ROSA.— Qué lástima...

(*Durante un momento de silencio ella recoge la partitura y él guarda el instrumento dentro de la caja. Ella ríe súbitamente.*)

ROSA.— Es la palabra: Arpeggione. Es como... como si me hiciera cosquillas.

LORENZO.— También se llamaba guitarra de amor.

ROSA.— ¡Qué lindo! Parece algo mitológico. Como esos instrumentos que tocaban los dioses.

LORENZO.— ¿Le interesa la mitología?

ROSA.— Cuando chica, en vez de matemáticas y física, nos enseñaron mitología. (*Ríe.*) Mi padre decía que era la única manera de conocer la vida.

LORENZO.— (*Ríe también.*) Es posible.

ROSA.— Por eso, para mí, todo tiene, ¿cómo explicarle? Un significado. Quiero decir que... me remonto a la mitología. Y cuando usted recién dijo guitarra de amor... fue como revivir el Olimpo. (*Ríe. Él la imita. Durante un segundo las risas parecen unirlos. Él se siente relajado en medio de ellas.*) Como una guitarra que en vez de expresarse en música, hablara de amor. (*Pausa.*) Por eso a lo mejor se terminó. (*Pausa.*) Nadie se interesa mucho por el amor hoy día.

LORENZO.— (*Cambiando de tema.*) Nos juntamos mañana entonces.

ROSA.— ¿A la misma hora?

LORENZO.— Sí.

ROSA.— A lo mejor... mañana... tiene noticias.

LORENZO.— ¿De quién?

ROSA.— De su acompañante.

LORENZO.— No se le olvide de traer la partitura.

ROSA.— Cuidese... Quiero decir, descanse.

LORENZO.— Hasta mañana.

ROSA.— Hasta mañana. (*Sale. Él permanece un instante pensativo y luego se dirige al piano, abre la tapa y se apronta a tocar algunos compases, cuando ella vuelve a entrar.*) Se me olvidó...

LORENZO.— ¿Qué?

ROSA.— Un... un lápiz. El lápiz que siempre llevo dentro de la cartera.

LORENZO.— ¿Dónde lo dejó?

ROSA.— Ahí. (*Mostrando el piano.*) Estoy segura que lo dejé ahí. Es un lápiz pequeño de plata. No me gustaría perderlo, es un recuerdo.

LORENZO.— No lo veo.

ROSA.— (*Abriendo la cartera.*) A lo mejor... ¡Qué tonta! Aquí está. Bueno, me voy entonces... a lo mejor si... si su acompañante no vuelve...

LORENZO.— ¿Sí?

ROSA.— (*Evidentemente cambiando el giro de su pensamiento.*) A lo mejor le escribe diciendo dónde se pueden encontrar.

LORENZO.— Es posible.

ROSA.— Adiós entonces.

LORENZO.— Hasta mañana.

(*Ella sale. Y ahora sí él toca los últimos acordes del Adagio y, con ellos, las luces van decreciendo lentamente. Luego, durante la oscuridad, se escucha la "Sonata" con mucho volumen y, al volver a encenderse las luces, ambos están entre los atriles, vagando, como dos perdidas en un bosque que no logran hallarse. Hablan en forma absolutamente independiente.*)

ROSA.— Todavía no logro encontrar esa palabra.

LORENZO.— En los bosques nunca hay eco.

ROSA.— Como una llave.

LORENZO.— El mundo es como un bosque.

ROSA.— Como algo que abriera.

LORENZO.— Nadie responde.

ROSA.— Tal vez si la encontrara, él pensaría...

LORENZO.— Y yo aprendía a no depender de nadie.

ROSA.— Llévame.

LORENZO.— Y ser así, solo.

ROSA.— ¡Llévame! No he tenido a nadie desde...

LORENZO.— Desde que era niño, en ese bosque, lo aprendí.

ROSA.— Desde que murió mi padre.

LORENZO.— Bajo los árboles aprendí a ser solo, y fuerte.

ROSA.— Si al menos me escuchara.

LORENZO.— ¿Por qué habría de sentirme amenazado ahora?

ROSA.— ¿Cómo hacérselo saber, Buenaventura?

LORENZO.— ¿Por qué habría de sentirme amenazado porque alguien se va?

ROSA.— Pero nos dejan solos.

LORENZO.— Mi vida es otra cosa.

ROSA.— Solos, Buenaventura.

LORENZO.— Lo decidí hace tiempo. Debo volver al bosque, igual que antes. Buscar una palabra dura, igual que antes. Gritarla, igual... igual que antes.

ROSA.— (*Casi con un grito.*) Guitarra de amor, llévame.

LORENZO.— Aprender que uno es solo.

ROSA.— (*Riendo suavemente.*) Arpeggione, llévame.

LORENZO.— Fuerte.

ROSA.— Dame la llave.

- LORENZO.— El eco.
 ROSA.— Mi padre.
 LORENZO.— La soledad.
 ROSA.— La salvación.
 LORENZO.— *(Con un grito.)* ¡Buenaventura!
 ROSA.— *(Llamando en voz más suave.)* Buenaventura.
 LORENZO.— ¡Buenaventura! ¡Buenaventura!
 ROSA.— *(Como un eco.)* Buenaventura...
(La música se interrumpe de pronto. Ambos están inmóviles. Como si se hubiesen presentado. Entre los atriles, él alarga con cierto temor y con esperanza a la vez su mano. Ella hace lo mismo. Cuando las manos están a punto de tocarse, se apaga de pronto la luz y, en la oscuridad, cuando se interrumpe la "Sonata", vuelve a escucharse la sirena y las voces de ambos.)
 ROSA.— ¿Qué pasa?
 LORENZO.— La luz.
 ROSA.— Se cortó.
 LORENZO.— Escuche...
 ROSA.— La sirena.
 LORENZO.— Puede ser un incendio.
(Vuelve la luz de golpe. Ambos están sentados en sus respectivos lugares, ella ante el piano y él junto al cello. La sirena se aleja.)
 ROSA.— Ah... volvió. Una se siente como aturdida, ¿no? Cuando vuelve la luz, quiero decir.
 LORENZO.— Me gustó.
 ROSA.— ¿Qué cosa?
 LORENZO.— Como tocamos ese trozo.
 ROSA.— ¿Cuál?
 LORENZO.— Ése que acabamos de tocar.
 ROSA.— ¿Antes que se apagara la luz?
 LORENZO.— Creo que por primera vez estábamos logrando... ¿cómo explicarle?
 ROSA.— ¿Sí?
 LORENZO.— No sé. A lo mejor nos estamos acostumbrando a tocar juntos.
 ROSA.— ¿No es cierto?
 LORENZO.— ¿Usted no lo sintió más... más verdadero?
 ROSA.— Sí.
 LORENZO.— Landa tenía razón. Usted toca como una *profesional*.
 ROSA.— *(Riendo con una coquetería que de inmediato se hace patética.)* A lo mejor nací para acompañar. ¡Qué bueno sería haberlo descubierto!
 LORENZO.— ¿Qué cosa?
 ROSA.— Saber para lo que una nació. Nunca he tenido verdadero talento. A lo más, puedo repetir lo que los otros ya han hecho. Pienso que a lo mejor podría... acompañar. Eso ya sería una razón.
 LORENZO.— ¿Para qué?
 ROSA.— Para estar aquí, sobre la tierra quiero decir.
 LORENZO.— ¿Le preocupa eso?
 ROSA.— Mucho. Siempre he querido tener una, ¿cómo podríamos llamarla? Una justificación.
 LORENZO.— ¡Qué curioso! Yo nunca he pensado en eso.
 ROSA.— Usted es un artista. *(Pronuncia la palabra con cierta reverencia.)*
 LORENZO.— ¿Y?
 ROSA.— Ésa es su justificación. ¿Por qué me mira así?
 LORENZO.— ¿Cómo?
 ROSA.— Como si dudara.
 LORENZO.— *(Cambiando de tono.)* ¿Qué le parece si repetimos el trozo?
 ROSA.— Sí, sí... repitémoslo. *(Ríe súbitamente.)* Tome su arpeggione... quiero decir su cello.
 LORENZO.— Podría ser un arpeggione, ¿no?

ROSA.— Podría. Pero no vuelva a decir la palabra. Ya sabe que... *(Y no termina la frase. Una risa muy liviana la destruye. Él se siente desarmado. Ríe también, ahora con verdadero gusto. Durante algunos segundos se escuchan las risas dentro del cuarto y la atmósfera cambia del todo.)*

LORENZO.— *(Súbitamente.)* Vendrá mañana, ¿no es cierto?

ROSA.— ¿Adónde?

LORENZO.— A ensayar conmigo.

ROSA.— Claro que sí.

LORENZO.— Mañana empezamos de nuevo entonces. Mañana seguimos...

(No vuelve a hablar. Ambos toman los instrumentos y la "Sonata" se enhebra. Sobre ellos parece descender una gran tranquilidad. Y con ella, disminuyen también las luces. Se pierde la música. Después de algunos instantes de silencio, vuelve la luminosidad y vemos a Rosa de pie tras los atriles. Tiene un sombrero nuevo, alegre, lleno de flores y, vista así, a través de los atriles que semejan árboles, parece una ninfa mitológica. Avanza entre los atriles. En ese instante entra Lorenzo. Ha cambiado en cierta forma. Parece más joven. Más alegre.)

LORENZO.— ¡Buenos días!

ROSA.— Buenos días.

LORENZO.— *(Mirándola.)* Pero, ¿qué le ha sucedido?

ROSA.— ¿Por qué? *(De pronto recuerda el sombrero y lleva la mano a él.)* Ah... debe ser esto. Me lo hizo una de mis hermanas anoche. Descubrimos una caja llena de flores.

LORENZO.— Es muy bonito.

ROSA.— Comenzamos a jugar con ellas.

LORENZO.— Me recuerda algo.

ROSA.— *(Mostrando el sombrero.)* Y resultó esto.

LORENZO.— ¡La ninfa Eco!

ROSA.— ¿Qué?

LORENZO.— Eso es lo que me recuerda: un cuadro que vi una vez en un museo.

ROSA.— Usted va mucho a los museos.

LORENZO.— Mucho.

ROSA.— Siempre he pensado que los museos son sitios donde se refugian los que ni tiene a nadie.

LORENZO.— Es posible.

ROSA.— Y ese cuadro, ¿cómo era?

LORENZO.— Representaba un bosque...

ROSA.— Un bosque...

LORENZO.— Y entre los árboles avanzaba la ninfa Eco. ¿Usted conoce la historia de la ninfa Eco?

ROSA.— *(Riendo.)* Ya le dije que me nutrieron de mitología.

LORENZO.— *(Ríe a su vez.)* Fue la que castigó Hera, ¿se acuerda? La castigó por celos. Le dijo: "Siempre tendrás la última palabra. Pero nunca lograrás hablar..."

ROSA.— *(Completando la frase.)* La primera.

LORENZO.— ¿Cómo?

ROSA.— Nunca lograrás hablar la primera.

LORENZO.— Sí, eso es. La transformó en eco. Pero en los bosques no hay eco. Por eso el pintor la imaginó emergiendo de un bosque.

ROSA.— Claro que hay eco en los bosques.

LORENZO.— No hay.

ROSA.— Sí.

LORENZO.— No.

(De pronto ríen los dos, sin razón.)

ROSA.— Le aseguro que sí. El otro día, sin ir más lejos, me estaba acordando. Mi padre nos llevaba, a mí y a mi perro, a pasearnos a un bosque y yo recuerdo con mucha claridad que llamaba al perro y, antes que el ladrido, me respondía el eco. Le decía: Buenaventura y todavía no terminaba de...

LORENZO.— *(Interrumpiendo.)* ¿Buenaventura?

ROSA.— Así era como se llamaba.

LORENZO.— Nunca he visto un perro que se llama Buenaventura.

ROSA.— Mi padre le puso ese nombre. Dijo que traía buena suerte. Teníamos un gato también. Se llamaba Pesadilla. *(Ríe.)*

LORENZO.— *(Riendo.)* ¿Por qué?

ROSA.— No sé.

(Ambos vuelven a reír.)

LORENZO.— El día está espléndido afuera.

ROSA.— Sí. Hasta parece que hubiera más luz aquí adentro. Hasta los árboles del bosque están más iluminados.

LORENZO.— ¿Cuáles árboles?

ROSA.— *(Mostrando los atriles.)* Éstos. Siempre que veo atriles así, juntos, pienso en un bosque.

LORENZO.— Ensayemos el Allegro hoy día.

ROSA.— Es lo único que todavía no hemos repasado.

LORENZO.— Estoy contento.

ROSA.— Qué bueno.

LORENZO.— No sé, el aire está tan claro afuera, han amarrado banderas en los tomacorrientes de los tranvías. Parece que toda la ciudad fuera a emprender el vuelo.

(Ella atraviesa la zona de los atriles, cruza la sala con gran ligereza, va hacia el piano donde está la partitura. Mientras tanto él abre la caja del cello. De pronto ella ríe. Su risa es aguda, corta el aire como un pájaro. Él la mira.)

ROSA.— Es por el nombre... Nunca podré acostumbrarme.

LORENZO.— Tomemos en el cuarto compás. Ahí donde el Adagio súbitamente se transforma en Allegro.

ROSA.— Espérese... espérese...

(Pero él ya ha comenzado a tocar. Parece lanzarse con gran regocijo en la melodía. A ella, al comienzo le cuesta seguirlo; pero luego encuentra el lugar y, riendo siempre, se une a la euforia que demuestra Lorenzo. Tocan durante algunos segundos en silencio y luego él, sin detener la música le habla.)

LORENZO.— Estoy tan contento, Rosina. Hay días en que uno amanece así. Como... como si el mundo de repente se hubiera ordenado. Todo vuelve a ocupar su lugar. Las cosas parece que tuvieran una razón de ser y uno también... *(Aquí la música se detiene.)*

ROSA.— *(Recita con mucha simplicidad.)* Y todo, hasta el más pequeño astro que tú mires, gira, y al girar, canta con música de ángeles.

LORENZO.— Abrí las ventanas: todo era perfecto. Golpearon la puerta. Cuatro golpes, cuatro golpes exactos y equidistantes. Había una carta en la bandeja.

ROSA.— *(Con una cierta premonición.)* ¿Una carta?

LORENZO.— Ah sí, había olvidado decirle. Hasta recibí una carta de mi acompañante esta mañana. ¿Ve cómo el mundo está de acuerdo? Estaba muy molesto, porque no sabía cómo cumplir mis contratos. Después de todo estamos acostumbrados a tocar juntos. Un acompañante forma parte de la vida de un músico, como su instrumento, como sus horas de ensayo, como su personalidad. El acompañante tiene que estar al servicio del artista, ¿no le parece...? ¿No le parece?

ROSA.— ¿Cómo?

LORENZO.— ¿Qué le pasa?

ROSA.— Nada. ¿Quiere que empecemos de nuevo?

LORENZO.— Ahora por lo menos estoy seguro que vuelve.

ROSA.— ¿Vuelve?

LORENZO.— Bueno, nos vamos a juntar en la mitad de camino y de ahí emprenderemos la gira.

ROSA.— La mitad del camino.

LORENZO.— Demoraría mucho en volver hasta acá.

ROSA.— ¿Volver?

LORENZO.— Espero que usted encuentre trabajo... Otro trabajo, quiero decir. Espero que Landa no haya alcanzado a decirle...

ROSA.— Alcanzó a decírmelo.

LORENZO.— ¿Qué yo había pensado en usted como acompañante?

ROSA.— Sí. Anoche me lo dijo. Después que habló con usted.

LORENZO.— Pero no habrá deshecho compromisos por eso.

ROSA.— ¿Compromisos?

LORENZO.— Quiero decir, alguna otra posibilidad. De todos modos le diré a Landa que la indemnice.

ROSA.— ¿Indemnice?

LORENZO.— Sí, no sé cómo se hace en estos casos. El es agente. El sabrá.

ROSA.— Él sabrá...

LORENZO.— Aquí, en el quinto compás, hay un bemoles.

ROSA.— ¿Dónde...? Ah, sí, veo. ¿No lo toqué acaso? Espere... voy a hacer una anotación. (*Se levanta.*)

LORENZO.— ¿Dónde va?

ROSA.— A buscar mi lápiz. Lo dejé en la cartera, allá... (*Ríe, pero ahora su risa es muy penosa.*) Al otro lado del bosque.

(Lorenzo empieza a tocar algunos acordes del Allegro, mientras ella vuelve a acercarse al lugar donde están los atriles. Se interna entre ellos y, al hacerlo, un sollozo le sacude los hombros, como una anciana. Las luces disminuyen gradualmente y en la oscuridad todavía se escuchan algunos acordes del Allegro. Cuando vuelven las luces, están en escena Rosa y Lorenzo. La mujer se ha cambiado de sombrero. Permanece entre los atriles y durante la escena no saldrá de ahí. Ambos ahora parecen estar en mundos diferentes, con iluminaciones distintas.)

LORENZO.— (*Mostrando una postal que tiene en la mano.*) Ayer, al ordenar mis papeles, encontré esto. Pensé que le interesaría.

ROSA.— ¿Qué es?

LORENZO.— Una fotografía de ese instrumento. El que le conté que había visto en ese museo. El arpeggione.

ROSA.— (*Repetiendo como un eco.*) El arpeggione...

LORENZO.— ¿No le da risa ahora la palabra?

ROSA.— (*Riendo muy débilmente.*) Sí, claro...

LORENZO.— ¿Quiere guardarla?

ROSA.— ¿Me la regala?

LORENZO.— Si usted la quiere...

ROSA.— Gracias.

LORENZO.— (*Alargándola.*) Tome.

ROSA.— (*Súbitamente.*) Lorenzo, los artistas son muy fuertes, ¿no es cierto?

LORENZO.— ¿Cómo?

ROSA.— Quiero decir, los artistas se salvan. ¿verdad?

LORENZO.— (*Después de un segundo de silencio.*) No sé.

ROSA.— Pero ellos, al irse, algo dejan, ¿no es cierto? Algo dejan para los que ese quedan, algo tienen que dejar.

LORENZO.— ¿Usted en verdad cree en los artistas, Rosina?

ROSA.— ¿Y en quién sino?

LORENZO.— (*Con firmeza en la voz, como dándole confianza.*) Sí. Algo dejan.

ROSA.— ¡Lo sabía! Por eso, a la larga, todo es soportable... Por eso hay alguna razón, alguna justificación, creo yo, para todos nosotros.

LORENZO.— ¿Ustedes?

ROSA.— Los que nos quedamos acá. (*Ríe súbitamente.*) Perdidos en el bosque. (*Hay un largo silencio.*) Ojalá... ojalá que le vaya bien.

LORENZO.— Gracias.

ROSA.— Espero que el señor Landa le habrá devuelto la partitura. Se me olvidó borrar los halos de los bemoles. Su acompañante tendrá que acostumbrarse a leer las notas así, con halos.

LORENZO.— La sabe casi de memoria.

ROSA.— Así debe ser.

LORENZO.— Bueno... le deseo mucha suerte. (*Extiende su mano.*) ¡Buenaventura! ¿No decía su padre que esa palabra traía suerte? ¡Buenaventura, Rosina!

(*Ella trata de avanzar para estrechar su mano; pero tropieza con uno de los atriles que cae entre ellos, separándolos.*)

ROSA.— Oh... mire lo que hice.

LORENZO.— Déjeme ayudarla.

ROSA.— No. Déjeme a mí. Déjeme... Usted ya está atrasado.

LORENZO.— Bueno... (*Se siente muy torpe de pronto.*) A... adiós entonces...

(*Sale precipitadamente. Ella permanece durante algunos segundos sujetando la tarjeta en su mano. Tal vez en forma muy lejana, como algo que se intuye más que se escucha, surgen los acordes de la "Sonata". Rosa se inclina entonces para recoger el atril pero, al hacerlo, tropieza con otro que a su vez también se desploma. Al caer arrastra a su vecino y así uno a uno van cayendo los atriles con un ruido ensordecedor y ante ellos Rosa permanece absolutamente inmóvil como ante algo inevitable. Por último, cuando ya ha caído el último y vuelve el silencio se escucha su voz, muy débil.*)

ROSA.— Buenaventura... Buenaventura, ayúdame...

TELÓN